

ENRIQUE DE TRASTAMARA,

ó LOS MINEROS.

DRAMA EN TRES ACTOS.

Escrito en francés por M. Francis.

(Acomodado á la escena española por D. C. G. Doncel y D. L. Valladares.)

REPRESENTADO POR PRIMERA VEZ EN MADRID EN EL TEATRO DE LA CRUZ EL DIA 18 DE AGOSTO DE 1845.

ACTORES.

D. ENRIQUE DE TRASTAMARA.	Don F. LUMBRERAS.
D. TELLO DE CASTRO, Merino mayor de Asturias.	Don J. AZNAR.
DIEGO RUIZ, labrador.	Don P. LOPEZ.
ALFONSO, su hijo.	Don M. FERNANDEZ.
MENDO, minero.	Don A. ALVERA.
BERRIO, minero.	Don V. GALTANAZOR.
MENDOZA, capataz de la mina.	Don B. FLORES.
UN CAPITAN.	Don J. CARCELLER.
UN MINERO.	Don R. AZOPARDO.
MARIA, hija de Diego.	Doña J. PIREZ.
MARGARITA.	Doña C. SAMPOLAYO.
INES, alemana.	Doña C. FLORES.
ARQUEROS, SOLDADOS DE D. ENRIQUE, MINEROS.	

La escena pasa en Asturias en el siglo XIV.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un sitio agreste con varias casas de pobre apariencia por diferentes lados. Las de Maese Ruiz á la derecha; en el fondo un camino.

ESCENA I.

ALFONSO, BERRIO y VECINOS.

Al levantarse el telon, es de noche, y se oye el ruido del trueno brillando algunos relámpagos. A lo lejos se percibe una campana que toca á rebato. Las puertas y ventanas de las cabañas se abren repentinamente, y aparecen varias personas asustadas.

ALFONSO, desde una ventana.

La Virgen de Covadonga nos valga! qué hay ve cinos?

BERRIO, desde otra ventana.

Qué sucede?

ALFONSO.

Qué tempestad, cielo santo!

UN VECINO.

Escuchad, escuchad.

ALFONSO.

La campana del conejo está tocando á rebato.

TODOS.

A rebato!!!

ALFONSO.

Si, no hay duda.

BERRIO.

Si tendremos encima á los perros de Maho-

ma y habremos de meternos como los otros antaño en la cueva de Covadonga. Pardiez! que no me siento yo ahora con los alientos de D. Pelayo.

ALFONSO.

Mas bien serán los parciales de D. Enrique de Trastamara, que tratan de levantar estas montañas contra el Rey D. Pedro de Castilla.

UN VECINO.

Si habrá caído algun rayo en la Iglesia?

ALFONSO.

Eso será!

BERRIO.

Si es así, yo no puedo remediarlo... vuélvome á acostar... Buenas noches!

GRITOS *dentro*.

Socorro! socorro!

ALFONSO.

Ois? piden socorro... ha sucedido alguna gran desgracia... no se oye ruido de armas... corramos á salvar á nuestros hermanos.

BERRIO.

Qué diablos habrá sucedido? allá voy tambien.

Alfonso, Berrio y otros varios salen á la escena dirigiéndose al camino. Ruiz sale tambien de su casa, y al mismo tiempo aparecen por el fondo varios hombres y mujeres en la mayor consternacion.

ESCENA II.

RUIZ, ALFONSO, BERRIO, ALDEANOS, y *despues* MENDO.

UN ALDEANO.

Socorro! socorro!

RUIZ.

Qué sucede, hijos míos, qué sucede?

ALDEANO.

Ay! hermanos, qué desgracia! estamos arruinados... perdidos para siempre.

RUIZ.

Se ha prendido fuego á la aldea?

ALDEANO.

El torrente... el torrente ha salido de madre y todo lo ha inundado... todo lo hemos perdido, todo!

TODOS.

Dios mio!

RUIZ.

Corramos á salvar lo que se pueda.

MENDO, *saliendo*.

A dónde vais Señor? es inútil vuestro socorro. Nada queda ya de la aldea... yo he visto el destrozo que ha causado la inundacion, solo ha bastado una hora para hacer un sinnúmero de victimas, y dejar á todos estos infelices sin techo donde cobijarse... lo único que podemos hacer es darles un asilo en nuestra aldea y partir con ellos nuestro pan y nuestro lecho.

ALDEANO.

Premie el Señor y su Santísima Madre tu buen corazon... sabed que ha sido el primero que ha corrido á socorrernos, y no pocas veces ha estado á pique de perecer por arrancar al torrente las victimas que llevaba.

ALFONSO.

No hubiera sido el único si yo no tuviese el sueño tan pesado... bien conoccis á Alfonso Ruiz para saber que nunca huye del peligro.

MENDO.

Ha sido una casualidad el haberme encontrado en él... ayer habia ido á Covadonga á comprar algunas preseas para la hija de maese Ruiz, con quien voy á casarme, y á la vuelta he sido testigo...

GRITOS.

Aqui vienen! aqui vienen.

MENDO.

Pobre jente! traen consigo lo poco que han podido salvar.

RUIZ.

De hoy en adelante son nuestros hermanos, no es cierto amigos míos?

TODOS.

Si, sí.

ESCENA III.

DICHOS, *el* DESCONOCIDO, INES, y ALDEANOS.

Aparece por el fondo una multitud de aldeanos unos trayendo á cuestras varios efectos, los otros en carretas. Todos vienen en la mayor consternacion.

RUIZ.

No nos ha sido posible, amigos míos evitar vuestra desgracia; pero en cambio repararemos lo mejor que podamos la pérdida que habeis sufrido... vuestros hermanos, vuestros hijos y vuestras mujeres han sido presa del torrente; nosotros iremos á buscar sus cadá-

veres y los conduciremos en vuestra compañía á la última morada... Habéis quedado sin hogar, nosotros os ofrecemos el nuestro hasta tanto que con nuestra ayuda logreis construir otro. No somos ricos: pero el mas pobre de nosotros puede ofreceros al menos un asilo donde recojerós... ea! amigos míos, partamos entre todos esta buena obra. Yo como mas acomodado y como capataz de la mina que estamos beneficiando, escojo cuatro de estos infelices.

MENDO.

Yo aunque no soy mas que un peon tomo dos.

BERRIO.

Pues yo como jornalero que soy no cargo con ninguno.

RUIZ.

Vos, Señor Cura, vendréis á mi casa, nada os faltará... en recompensa de la caridad que os hago, esijo de vos un servicio que ha de labrar mi dicha y la de mi hija Maria. Si vuestra edad y la desgracia que acaba de sucederos os han dejado fuerzas, bendecireis hoy mismo la union de mi Maria con ese jóven, y pediréis al cielo que los haga felices.

SACERDOTE.

Así lo haré.

RUIZ.

Ines, conduce á este buen clérigo á nuestra casa. *(durante este tiempo todos los demas han escogido sus compañeros, haciéndolos entrar en las casas. Un jóven se queda solo sentado en una piedra, ocultándose el rostro con las manos. Ruiz le vé y se acerca á él, pegándole en el hombro)* Y tú, qué haces ahí, mancebo?

DESCONOCIDO.

Nada.

RUIZ.

Eres el unico que ha quedado sin amparo.

DESCONOCIDO.

No lo extraño, nadie me conoce... como no soy de esta tierra: hace dos días solamente que habia llegado á la aldea, y el buen hombre que me habia socorrido ha muerto esta noche.

RUIZ.

Pues en mi casa tendrás otro protector... Eres jóven y vigoroso, y por lo tanto yo te proporcionaré trabajo con que ganar tu subsistencia... los mineros andan muy escasos, aunque se les paga bien, porque el oficio es penoso, si tú quieres ser de los nuestros...

DESCONOCIDO.

Y sin conocerme, queréis?..

RUIZ.

Va nos dirás tu nombre y de donde vienes.

DESCONOCIDO.

Y si me viera obligado á callarlo?

RUIZ.

Poco importaría... eres desgraciado, y yo no necesito saber mas para socorrerte... con que aceptas mi oferta?

DESCONOCIDO.

La acepto.

RUIZ.

Entra pues en mi casa, y siéntate sin temer ninguno al hogar de tu nuevo huésped.

DESCONOCIDO.

Así lo haré, Señor, porque ya sabreis algun dia si soy digno de vuestra hospitalidad, y quiera Dios que bien pronto pueda pagarosla como merecéis.

Entra en casa de Ruiz.

~~~~~

#### ESCENA IV.

RUIZ, MENDO, *despues* BERRIO, INES y ALFONSO.

RUIZ, á Mendo, *señalándole el desconocido que se va.*

Ese jóven tiene tolas las trazas de ser un partidario del Conde D. Enrique de Trastámara, que anda huyendo por estas montañas de la persecucion de su hermano D. Pedro... Pobres jentes!

BERRIO, *saliendo.*

Pues Señor, ya están acomodados mejor que esperaban. Me parece maese Ruiz que nos hemos portado como unos héroes.

INES, *idem.*

Ya está descansando aquel buen Señor.

ALFONSO, *idem.*

Padre mio, los huéspedes quedan ya acomodados lo mejor que ha sido posible; si me dais licencia iré á ver los destrozos que ha hecho el torrente. Pardiez! que tenemos muy mal vecino. Eso de estar espuestos á que nos suceda el dia menos pensado lo que á estos infelices, es un poco duro: pero si no puede menos de salir de madre con tanto cuerpo vivo como le echa todas las semanas nuestro merino mayor D. Tello de Castro... librenos Dios de su ira! qué hombre, por la menor cosa le agarra á uno, y sin mas

averiguacion me echa al otro mundo. Vive Dios que es un modo de hacer justicia bastante pesado.

RUIZ.

En eso tiene á quien parecerse, porque nuestro Rey D. Pedro no sabe de otro modo gobernar á sus vasallos; pero dejemos esto no sea que nos dé que sentir. El merino tiene espías por todas partes, y si llegara á entender que nos ocupámos de su persona... La maldicion del cielo caiga sobre él.

ALFONSO.

Yo no sé cómo hay paciencia.

RUIZ.

Vamos, prudencia! hijo mio... Vete, vete pronto.

ALFONSO.

Adios, padre mio.

ESCENA V.

DICHOS, menos ALFONSO.

INES.

Qué es eso Mendo, qué tienes? estás tan triste como si hubieras perdido algo en la inmundacion. En verdad que no es muy buen agüero para un día de bodas.

MENDO.

No digas eso mas.

RUIZ.

Mucho me estraña que Maria no haya acudido aqui, y siga durmiendo á pesar del bullicio que ha habido.

BERRIO.

Mucho dormir es en un día de boda.

MENDO.

Si estará mala?..

INES.

No lo permita Dios... voy á su cuarto...

RUIZ.

Si, vé pronto... me habeis hecho entrar en temor... no la he visto desde ayer tarde. Volví de la mina á una hora muy avanzada de la noche, y por no despertarla...

INES, *asomándose á la ventana.*

Por mas golpes que pego á la puerta no responde.

RUIZ.

Qué es esto, Dios mio?

MENDO.

No hay duda, Señor, está mala... la tem-

pestad y los sucesos de esta noche la habrán sobrecojido... quizá está desmayada... es preciso romper la puerta.

RUIZ.

Será cierto? mi hija!.. mi Maria! ah! corramos.

Al tiempo de ir á entrar aparece Inés á la ventana gritando.

INES.

No hay nadie en su cuarto.

RUIZ, *parándose aterrado.*

Nadie!

MENDO.

Padre mio! padre mio! Maria ha desaparecido.

INES, *saliendo.*

La cama está sin deshacer... parece que no se ha acostado.

RUIZ.

Qué escucho! Maria! mi único consuelo!..

MENDO.

La habrán robado? todo es de esperar de esos hombres que rodean á D. Tello... compañeros en sus ejecuciones sangrientas y en su desenfadada vida.

INES.

Ahora me acuerdo Señor, que anoche al acostarme oí como unos gritos ahogados... quién sabe si fue Maria que la llevaban por fuerza.

MENDO.

La han robado? y quién, quién habrá sido el infame?..

RUIZ.

No tardemos un instante, Mendo... corramos en su busca: ten confianza en Dios que nos la volverá.

INES.

Esperad... aqui viene Alfonso, que tal vez...

ESCENA VI.

DICHOS, ALFONSO.

ALFONSO.

Señor! Señor!

RUIZ.

Qué sucede? hijo mio.



ALFONSO.

Me falta el aliento!..

MENDO.

Habla.

ALFONSO.

Apenas puedo creerlo!.. y sin embargo yo mismo lo he visto.

RUIZ.

El qué?

ALFONSO.

Mi hermana!..

RUIZ.

Maria? cielos! dónde? dónde está?

ALFONSO.

Al dirigirme al sitio de la aldea tomé el camino que lleva á Covadonga, y á la mitad me he encontrado á dos mancebos de la villa que traían á Maria desmayada... dicen que la han hallado así.

RUIZ.

Dios mío! y dónde? corramos.

ALFONSO.

Yo me he adelantado para deciroslo... pero ya están aquí.

ERRIO.

Buen principio para un día de boda.

Salen dos mozos trayendo á Maria desmayada que la colocan sobre un banco de piedra.

~~~~~

ESCENA VII.

DICHOS, MARIA y dos MOZOS.

RUIZ.

Mi hija! mi hija!

MENDO.

Maria! hermana mía... no dá señales de vida!.. Ah! si, si...

ALFONSO.

Ya parece que está mejor... mirad... sus manos van recobrando el calor...

INES.

Toma! están abrasando.

RUIZ.

Qué desgracia me ha reservado el cielo para el fin de mis días! qué deberé tener? quizás sea su muerte el menor de mis males.

MENDO.

Su muerte! ah! callad Señor... Dios no permitirá que así suceda.

RUIZ.

No sé que presentimiento secreto me ha-

ce tener mayor infortunio.

PEDRAZA.

Callad! ha abierto los ojos!.. parece que quiere hablar.

RUIZ.

Maria! hija mía! nada temas; estás al lado de tu padre... de tu prometido... no tembles de esa manera.

MENDO.

Todos los que te rodean son de tu familia.

ALFONSO.

No conoce á nadie.

MARIA, delirante.

Padre mío! no los dejéis entrar...

RUIZ.

Qué dice?

MARIA.

Socorredme.. está abierta la puerta... han entrado... ois? ya se acercan...

MENDO.

Está delirando.

RUIZ.

No la interrumpáis... no perdamos una palabra... tal vez nos revele enmedio de su delirio mas de lo que queremos saber: callad.

MARIA.

Alguno se acerca... será mi padre: he querido esperarle para que me bendijera la víspera de mis bodas... padre mío!.. pero que es esto? cielos! no es él... qué quieren estos hombres?.. socorro!.. no puedo gritar... ah! ah! este pañuelo me ahoga... malvados!.. me envuelven en sus capas... á dónde quieren llevarme?.. que me ahogo!.. yo muero...

RUIZ.

Qué horror!

MENDO.

Infames!

RUIZ.

Silencio, Mendo, silencio. Tal vez nos revele el nombre del culpable.

MARIA.

Al fin se apiadan de mí... me dejan abandonada... estoy sola... sí... pero dónde? esta no es la casa de mi padre... este lujo, estas alfombras... dónde me han conducido?.. es preciso huir... ah! puertas y ventanas están cerradas, y yo no tengo fuerzas para quebrantar sus hierros... Oh! no estoy sola... Caballero! quien quiera que seais compadecedos de la pobre Maria... protejella... vol-

védsela á su padre infeliz... á su padre que no tiene otro consuelo en este mundo... Señor!.. Señor!.. dejadme... sois rico, poderoso? dad pues una prueba de vuestra nobleza dejándome salir... no os acerqueis... sabed que prefiero la muerte á la deshonra... Mendo es el solo hombre á quien adoro... Dios me protegerá contra vuestro poder y vuestra fuerza... Mendo! padre mio!.. no os acerqueis infame!.. salvadme padre mio!.. nadie viene... apartad, matadme primero... y sin arma ninguna con que atravesaros el corazon... soldad... ah! ah! y no puedo morir!

MENDO.

Su nombre Maria! el nombre de ese infame!

MARIA.

Si, ya estoy libre... estoy enmedio del campo, ya nadie me sigue... me han soltado... infames! mi padre lo sabrá todo, todo! Mendo tambien... los dos vengarán mi afrenta.

RUIZ.

Si, hija mia, sí.

MENDO.

Si, Maria, la vengaremos.

MARIA, *mirándolos fijamente y reconociéndolos.*

Ah! estais aqui... Dios mio! ya estoy á su lado... pero qué teneis? por qué me mirais de esa manera? estais pálidos... vuestros ojos encendidos me dan á conocer la cólera que abrigais en vuestro pecho... sabeis acaso?.. quién os ha contado mi infortunio? ah! yo al vez... padre mio! padre mio! no maldigais á vuestra hija.

MENDO.

Dinos el nombre del infame, dinoslo pronto Maria.

ALFONSO.

Si, sí, su nombre!

MARIA.

Su nombre! lo ignoro: pero su rostro le tengo bien presente... y algun dia lo reconoceré... Mendo! es ya imposible nuestro enlace.

Cae en los brazos de Ruiz que la entra en la casa ayudándole fués.



ESCENA VIII.

MENDO, ALFONSO, BERRIO *y despues* RUIZ.

MENDO.

Deshonrada! Dios mio! ya que no he podido defenderla, la vengaré al menos.

RUIZ, *salicndo.*

A mi me toca ese enidado, hijo mio.

ALFONSO.

A dónde vais, Señor?

RUIZ.

A Covadonga, al palacio del Merino.

ALFONSO.

Y á quién pensais acusar?

RUIZ.

A toda esa turba de Señores insolentes que le rodean. Enmedio de ellos debe de encontrarse el infame que nos ha deshonrado... Le contaré á D. Tello todo lo que ha sucedido esta noche, y en su deber está el buscar á los culpables.

MENDO.

Yo iré á acompañaros.

ALFONSO.

Y yo.

RUIZ.

No, quedaos aqui, no os aparteis de Maria... si por un acaso volviera aqui el autor de su deshonra, bueno es que se encuentre con vosotros. Adios, hijos míos. Para llegar mas pronto á la villa tomaré la vereda del despeñadero.

BERRIO.

Tened cuidado no se os vaya un pie.

RUIZ.

Mendo! hijo mio! confianza en Dios! en nombre del Rey de Castilla voy á pedir justicia al Merino, y si me la rehusa... nosotros nos la haremos.

Vase.

ESCENA IX.

DICHOS *menos* RUIZ.

ALFONSO, *mirando á Mendo.*

Qué desgracia!

BERRIO, *á Mendo.*

Vaya! no hay que desesperarse... es verdad que el chasco es pesado, pero que se ha de ha-

cer... Y yo que pensaba divertirme para un año en esta bola' vaya que es mucho! no puede uno contar con nada seguro. Para consolarme voy a la aldea inudada á ver si ha quedado por alla alguna cuba de vino que haya respetado el agua.

Vase.

ALFONSO, *a Mendo, que despues de irse Ruiz se deja caer en un asiento.*

Mendo, grande es nuestra desgracia, ningún consuelo puedo prestarte, porque como tu tengo el corazon oprimido y ademas la vergüenza humilla mi frente.

MENDO.

La vergüenza! acaso teneis vosotros la culpa del desenfreno de esos nobles orgullosos? Pues qué, el Señor hollara las cañas del triste anciano, tan torpemente sembrará la desolacion en sus infelices vasallos y la deshonra caerá sobre las victimas? Oh! no será; el merino mayor, juez de esta tierra, nos hará justicia, buscará al culpable, le hará que con su mano repare la deshonra de tu virtuosa hermana, y yo... yo soy el mas infeliz; no puedo poseer á Maria sin lavar su afrenta, y si logro repararla la he de perder para siempre! Mas no importa, su honor me pertenece, y juro á Dios que aunque villano, diéronme corazon estas montañas para empresas atrevidas y he de ver adonde llega mi fortuna. Si tu padre nada alcanza con D. Tello mañana iré á Covadonga, y Maria me acompañará... con ella recorreré calles y plazas... me presentaré al merino... me introduciré en todas las casas principales... y tarde ó temprano me encontraré cara á cara con mi enemigo, y no se me escapará... porque no quitaré la vista de los ojos de Maria, que si no se atreve á hablar me designará el culpable con su turbacion y su espanto... entonces, oh! entonces aunque ese hombre sea pobre ó rico, débil ó poderoso, pechero ó gran Señor, yo te juro Alfonso, que Maria obtendrá justicia pronta, ó venganza cruel.

ESCENA X.

DICHOS, *el DESCONOCIDO.*

DESCONOCIDO, *saliendo y cogiendo á Mendo la mano.*

Dame tu mano, Mendo, así deben ser los

hombres. Tu causa es justa y Dios está de tu parte; mas te aconsejo que no precipites nada. Una venganza tardia es por lo regular mas segura y mas completa. Espera.

MENDO.

Esperar?

DESCONOCIDO.

Escucha: Maria ha recobrado el conocimiento, y yo la he hecho varias preguntas... por las señales que me ha dado de su raptor: no me queda duda alguna de que es uno de los del séquito de D. Tello... Ese hombre no se ausentará tan pronto de estas montañas, porque en ellas están al presente los parciales del Conde D. Enrique, que llaman rebelde, y tiene orden de perseguirlos... por mí mismo, conoces lo penoso que es diferir una resolucion como la que has tomado, pero es necesario: yo tambien espero, Mendo, porque tambien guardo oculta en mi corazon una venganza, yo tambien he jurado llevarla á cabo, y en Dios confio que ha de llegar el dia de satisfacerla. Han deshonrado á tu prometida, Mendo! delante tienes á un hombre á quien le han asesinado su madre... Crees tú que este furor que abrigo en mi corazon no estallara algun dia terrible y desapiadado? Este dia llegará, Mendo, confia en mí. Si ahora detengo tu brazo es porque el golpe podia faltar... piensa que al encontrar al enemigo es necesario matarle, y no herirle.

ESCENA XI.

DICHOS, *y BERRIO.*

BERRIO, *sale corriendo.*

La virgen del Cielo venga en mi auxilio! que infamia! qué atrocidad!

ALFONSO.

Qué ha sucedido?

BERRIO.

No me ha quedado gota de sangre en el cuerpo.

MENDO.

Explicáte.

BERRIO.

Falta que pueda... no habeis oido?

ALFONSO.

Nada.

BERRIO.

Ois ese rumor?.. D. Tello se acerca...

TODOS.
 D. Tello!
 BERRIO.
 Al pasar al lado de esos matorrales que están junto al camino, le han tirado una saeta.
 MENDO.
 Y le han muerto?
 BERRIO.
 No le ha tocado.
 DESCONOCIDO.
 Qué desgracia!
 ALFONSO.
 Y han cojido al agresor?
 BERRIO.
 Al momento... por poco no pago yo el pato. El maldito se había puesto detrás de mí para estarmas á cubierto... Dicen que es uno de los partidarios de D. Enrique... y hay quien asegura que es el mismo Conde... sea quien se quiera, ya le llegó su hora, porque el merino ha dado orden de que á la vuelta le tengan en infusión dos horas en el fondo del torrente.
 MENDO.
 Aquí se acreean... Dios los trae cerca de mí.
 ALFONSO.
 Qué piensas hacer?
 MENDO.
 Lo que Ruiz haría si se hallara aquí.
 ALFONSO.
 Si, si, dice bien; Dios le trae cerca de nosotros. Tal vez con él vendrá el infame que nos ha deshonrado.
 BERRIO.
 No sería yo capaz de hablarle, aunque me dieran todo el oro del mundo.

~~~~~

ESCENA XII.

DICHOS, D. TELLO y acompañamiento.

Le siguen multitud de aldeanos.

TELLO.  
 Apartad esos villanos, quién sabe si entre ellos no está oculto otro asesino. Decid á los ballesteros que conduzcan al preso, que quiero interrogarle. (*apartando á la jente*) Atrás, villanos! Había venido á socorreros, pero ahora vengo á castigaros. Seré inflexible y severo con vosotros, porque dais asilo y proteccion á los asesinos y á esos malvados que proclaman á D. Enrique.

MENDO.  
 Si sois como decís inflexible y severo, tambien debéis ser justo, Señor.

TELLO.  
 Quién se atreve?..

MENDO.  
 Escuchadme.

TELLO.  
 Quién eres?

MENDO.  
 Mendo Perez... jornalero en las minas

TELLO.  
 Y qué quieres de mí?  
 MENDO.

Justicia.  
 TELLO.

Justicia?  
 MENDO.

Y qué os asombra? Ahora vais á juzgar á un hombre porque ha atentado á vuestra vida, y supongo, Señor, que estais en el caso de juzgar y castigar tambien al que ha atentado contra mi honor.

TELLO.  
 Muy alto hablas delante de tu Señor; no te olvides de que soy D. Tello, merino mayor de Asturias por el Rey D. Pedro de Castilla.

MENDO.  
 Sé muy bien que estoy delante de mi juez, y por lo mismo que está elevado tan alto, levanto la voz para que pueda oirme.

TELLO.  
 Habla, y sé breve, porque no estoy con voluntad para esencharte mucho tiempo.

MENDO.  
 Soy, Señor, un pobre huérfano, sin mas fortuna en este mundo que el amor de una jóven que hoy mismo iba á darme su mano. Esta noche pasada han violado el asilo de mi prometida unos desconocidos, y la han llevado á viva fuerza á Covadonga, poniéndola en manos del que los habia pagado una accion tan infame.

TELLO, *aparte*.  
 Qué escucho! (*alto*) Y dónde está esa jóven?  
 MENDO.

En casa de su padre, pidiendo al cielo venganza, y ofreciéndose á morir por labar su deshonra. Su padre y su prometido han escuchado sus votos, y solo desean de vos justicia contra el que causó su afrenta.

TELLO.  
 Y sabéis el nombre del culpable?

MENDO.

No Señor; pero Maria podrá reconocerle. Nuestro enemigo es á no dudarlo alguno de los ricos hidalgos que os acompañan: porque los villanos como nosotros saben defender á las mujeres, mas no han aprendido á deshonrarlas.

TELLO.

Basta, atrevido! Si ignoras el nombre del culpable, nada puedo hacer por ti.

MENDO.

Si podéis, Señor... reunid todo vuestro séquito, y yo traeré á Maria que os designará el infame para que la hagáis justicia.

TELLO.

Va veremos... pídemme una audiencia... y acuerdame este asunto otro día.

MENDO.

Por qué no ahora, Señor?

TELLO.

Basta.

## ESCENA III.

DICHOS, un BALLESTERO.

BALLESTERO.

Nada quiere confesar el reo por mas preguntas que se le hacen.

TELLO.

Va os advertí que le traeréis á mi presencia.

ALFONSO, bajo, á Mendo.

Vé á buscar á Maria sin decir nada á Don Tello... hoy le acompaña bastante jente... y quién sabe si entre tantos no se encuentre...

MENDO.

Bazon tienes... no te separes de aquí.

Mendo entra en casa de Ruiz, y salen por el fondo unos ballesteros con el preso.

## ESCENA XIV.

D. TELLO, ALFONSO, el DESCONOCIDO, BEBIRIO, SEÑORES, BALLESTEROS, y ALDEANOS.

BALLESTERO.

Aquí tenéis al culpable.

TELLO, al preso.

Acércate y responde. Qué causa te ha movido á atentar contra mi vida? Yo nunca te he visto por estos contornos ni por ninguna otra parte... no creo que te haya hecho mal en nin-

guna ocasion... Si eres partidario de D. Enrique, puedes todavía salvar tu vida, declarandome dónde se oculta ese rebelde... dilo, y al momento tienes la libertad. *(silencio. El desconocido se ha ido acercando poco á poco, mirando fijamente al preso, este le observa y calla. Los dos se miran cara á cara con los brazos cruzados sin hacer ningun movimiento)* Si te obstinas en no responder ya sabes lo que te espera... *(momento de silencio)* llevadle... que perezca en el torrente... pronto... y nosotros marchemos.

Los ballesteros se levantan al preso: el desconocido hace un gesto de rabia y desesperacion: D. Tello y los demas de su séquito se disponen á marchar al tiempo que sale Mendo con Maria.

## ESCENA XV.

DICHOS, MENDO, y MARIA.

MENDO.

Deteneos, Señor, un momento.

TELLO.

Qué me quieres? Ya te he dicho que otro día...

MENDO.

Ah! esperad por Dios, esperad. *(corriendo á Maria)* Maria! el infame que te ha deshonrado debe estar aquí... mira esa jente... señálamele y sea quien sea tomaré venganza. *(coje á Maria de la mano y la conduce al medio del teatro: al verla D. Tello procura ocultar el rostro: Mendo ve que va á marcharse y le detiene haciéndole volver)* Ah! no penseis salir de aquí D. Tello, hasta hacerme justicia.

MARIA, riendo á D. Tello.

Ah!

MENDO, volviendose á ella.

Qué tienes Maria?

MARIA.

El es.

MENDO.

Cuál de ellos? habla.

MARIA.

El de la banda roja.

TODOS.

D. Tello!

MENDO.

Estas segura, Maria?

MARIA.

Os lo juro ante Dios.

TELLO.

Está loca... no hagáis caso... marchemos Señores.



MENDO, *oponiéndose.*

Ah! no pasareis de aquí.

TELLO.

Infeliz! osas tocar á mi Señor? apoderaos de él.

Lucha con los ballesteros y se apoderan de él.

ALFONSO, *para sí.*

Le matarán tal vez... (*alto*) esa es vuestra justicia D. Tello? pues ved la mía.

Saca una daga y vá á herirle, D. Tello para el golpe y acuden los ballesteros que llevaban á Mendo, quien se escapa en medio de la confusion, ocultándole el desconocido en casa de Ruiz.

TELLO.

Villano! prendedle. (*lo hacen*) A Covadonga, Señores.

Vase con su jente: todos los demas se refiran á sus casas: Inés entra á Maria medio desmayada.

## ESCENA XVI.

EL DESCONOCIDO, *después* MENDO.

DESCONOCIDO.

Mendo se ha salvado.

MENDO, *saliendo.*

Quien me ha librado.

DESCONOCIDO.

Calla.

MENDO.

Y Alfonso? preso tal vez.

DESCONOCIDO.

Ya le salvarán.

MENDO.

Quién?

DESCONOCIDO.

Yo! hasta tanto prométeme no dar ningun paso para vengarte.

MENDO.

Te lo prometo.

DESCONOCIDO.

Guardarás silencio.

MENDO, *asombrado, observándole.*

Pero, quién eres?

DESCONOCIDO.

Ya lo sabrás! Adios.

El desconocido se vá por el fondo y Mendo se queda asombrado viéndole marchar.

## ACTO SEGUNDO.

El teatro representa el interior de una mina en el estado de explotacion: á derecha é izquierda unos terrados, á los cuales se sube por medio de escalas. En el fondo una escalera de forma circular; encima de ella una masa enorme de tierra, sostenida por pilares informes de piedra, colocados á bastante distancia unos de otros, y que se apoyan en los escalones. En el centro del techo del subterráneo una abertura, por la cual penetra un mástil ó palo bastante grueso, que está clavado perpendicularmente en el suelo, y guarnecido de estacas ó escalones para subir y bajar. Tambien desaparecen por esta abertura dos cuerdas gruesas que se supone han de moverse por medio de una polea fija en la parte exterior de la mina, para subir y bajar los útiles y materiales necesarios, y capaz de sostener á una persona.

### ESCENA I.

INES, TRABAJADORES *de las minas, después*

BERRIO.

Al levantarse el telon los trabajadores rodean á Inés, que los echa de beber.

INES.

Ea! otro traguito. Esto dá alientos para trabajar, y hace tambien pasar con alegría los trabajos de la vida; el último trago á la salud del pobre Diego Ruiz y de su hija, y á que nuestro compañero Alfonso pueda escapar de las garras de D. Tello de Castro.

UN TRABAJADOR.

Mas fácil le seria escapar de las garras

del diablo!... pero sin embargo bebamos.

TODOS.

Sí, sí, bebamos.

Beben.

INES.

Pobre mozo. Desde el suceo de esta mañana no hago mas que pensar en él y en la pobre Maria. El doctor la ha visto y no dá muchas esperanzas... Su padre no se separa un punto de su lado. Mendo Perez lloraba al principio como un niño; pero después, recobrando su enerjia, se ha dirigido al pueblo para ver si halla algun medio de salvar á su amigo Ruiz, al que miraba ya como un hermano.

UN TRABAJADOR.

Mucho dudo que lo consiga.

INES.

Y yo; cuando la suerte se empeña en perseguir a una familia... yo tengo el corazón oprimido... pero en fin que remedio: es preciso consolarse... Esta vida se ha de pasar á tragos.

Se echa de beber y apura el vaso.

BERRIO, bajando por el palo, y parándose en medio.

Ola! Eh! Ines! escucha.

INES, alzando la cabeza.

Quien llama?... (a los trabajadores) Calla! es Berrío. Mirad, mirad por donde baja.

BERRIO, desde lo alto.

Di mujer... no quedará todavía alguna gotilla para mí en el fondo del jarro?

TODOS, riendo.

SI, SI.

BERRIO.

Pues allá voy! (poniendo el pie en el suelo) Ah!... gracias á Dios que piso en tierra firme... La cabeza empezaba á darme vueltas como las aspas de un molino... qué diantre! nada tiene de extraño. Para volverse un hombre ardilla y trepar por un tronco como un oso de nuestras montañas, se necesita menos miedo del que yo poseo ordinariamente.

INES, echándole de beber.

Y entonces majadero, por qué te empeñas en bajar siempre á la mina por ese camino?

BERRIO.

Cierto que no es muy comodo: pero á pesar de eso y de los riesgos que ofrece le prefiero al de la escalera. (señala la del fondo) Al menos en los estribos del palo puedo afirmar bien los pies y las manos... mientras que en esos escalones de arena moveliza anda uno resvalando á cada paso, y si llega á falsear uno de los pilares que sostienen esa boveda... patatran, todo el techo se nos viene encima y quedamos aplastados como ranas...

TODOS, riendo.

Ja! ja!

BERRIO.

Pues no hay que reírse: ya vereis como el mejor día cargan sobre vuestras espaldas quinientos pies de tierra: porque lo repito, el menor sacudimiento basta para hacer falsear esos pilares... vamos, yo tiemblo como la hoja en el árbol cuando pienso que mi vida depende de un par de golpes de piqueta.

INES.

Tu vida? Miren que cosa de tanta importancia!

BERRIO.

Para mí no hay nada mas precioso: por esa razon no quisiera esponerme á ser enterado antes de tiempo por un pedazo de pan... y ademas yo tengo orgullo... ambicion... y me averguenzo en extremo el considerar que me hallo colocado tan abajo en la escala social. No Señor, yo he nacido para ser rico y no trabajar, y lo seré... Estar todo el día tumbado al sol y llenando á la bartola: he aquí una profesion digna del hombre! Pero pasar la mayor parte de su vida debajo de tierra... se queda bueno para los topos y las comadreja.

INES.

Cuánto disparate estás ensartando ahí uno trás otro? animal.

BERRIO.

Si lo soy, mejor: esa es una cualidad mas para llegar á ser rico, y sin duda por eso estoy tan prócsimo á lograrlo.

INES.

Qué dices?

BERRIO.

Ves este pergamino que tengo en la mano? pues es lo mismo sobre poco mas ó menos que si tuviera en ella una bolsa con quinientas doblas.

INES.

Quinientas doblas! te has vuelto loco!

BERRIO.

Como lo oyes... verás que cosa tan sencilla. Ya habreis oído hablar de ese Conde D. Enrique, hermano bastardo de nuestro Rey y Señor D. Pedro, lo cual no impide que se aborrezcan de muerte uno á otro. D. Enrique, segun parece, ha huido de Sevilla despues de la muerte de su madre Doña Leonor de Guzman, y para vengarla quiere alzar pendones contra el Rey su hermano, ayudado de varios caballeros... Pues bien, ahora mismo he oído proclamar á son de trompa un pregon en que D. Tello de Castro promete en nombre del Rey quinientas doblas á cualquiera que le presente al tal Conde prisionero.

INES.

Y tú quieres?..

BERRIO.

Ganar las quinientas doblas? pues no que no... segun dicen, el fujitivo se ha refujia-



do en nuestras montañas, y como yo las conozco á palmos, no me será difícil echarte la vista encima... Es verdad que en mi vida le he visto, lo cual no deja de ser un inconveniente para encontrarle; pero aquí traigo sus señas en este pergamino que es uno de los que han repartido.

INES.

Bastante harás con eso... cuando no sabes leer.

BERRIO

Calla! tienes razon, que diantre! pues no habia yo caído en eso. Pero, ah! ya encontré el remedio, tú has querido ser mouja, y el cura del lugar te enseñó á deletrear el romance y á gruñir el latin; dime lo que cantan esos gurrapatos... y yo lo aprenderé de coro... no haya miedo que se me olvide... tengo una memoria escelente!.. sobre todo cuando quiero. Toma, no perdamos tiempo.

INES.

Déjame en paz, no quiero ayudarte á cometer una mala accion... denunciar á un desgraciado!

BERRIO.

Calla Inés: no digas majaderías. El ganar quinientas doblas no puede ser nunca una mala accion... y si tú no quieres hacerme este favor las pierdo sin remedio. Eres la única que sabe leer en todo el pueblo.

INES, *aparte.*

Es verdad; engañemos á este tonto; siempre habrá un espia menos en persecucion del Conde.

BERRIO.

Vamos, Inesilla, no te hagas de rogar. Tú ganarás mas que nadie en este negocio... Con ese dinero podremos casarnos, y...

INES, *arrancándole el pergamino de la mano.*

Trae acá y no seas necio.

BERRIO.

Empieza que ya escucho.

INES, *aparte.*

Muy astuto has de ser si le conoces por las señas que voy á darte.

BERRIO.

Qué dices?

INES, *leyendo.*

El susodicho Conde D. Enrique tiene una estatura... (*bajo, aparte*) mediana.

BERRIO.

Mas alto! no oigo!.. Diré que tiene una estatura...

INES.

Asonbrosa.

BERRIO.

Cuántos palmos?

INES.

Diez.

BERRIO.

Será un gigante.

INES.

Déjame seguir. Pelo negro.

BERRIO.

Ojos?

INES.

Azules.

INES.

Nariz chata, boca grande, barba afilada y cara redonda.

BERRIO.

Bonita figura! no se me despintará... pero se me ocurre una duda: si tiene la barba afilada no puede tener la cara redonda.

INES.

Pues la tiene, eso dice aqui.

BERRIO.

Cosa mas rara! pero qué remedio? es preciso... prenderle tal como es.

INES, *riendo.*

Mira lo que haces... ya has oido que tiene de estatura diez palmos.

BERRIO.

No deja de ser eso un inconveniente porque de un manotazo... pero en fin algo se ha de arriesgar por quinientas doblas, y como dice el refran, no se cojen truchas...

INES.

Y cuándo vas á empezar el ojeo?

BERRIO.

Primero habia pensado dejarlo para despues de concluido el trabajo de hoy, pero despues he reflexionado que entre tanto otro mas listo puede echar la garra á ese Conde, y adios mi dinero... Por esta razon voy á marcharme ahora.

INES.

Pero maese Mendoza, nuestro capataz, te negará el permiso para marcharte.

BERRIO.

No pidiéndoselo, no puede negármelo: conque adios.

Se oye un silvido.

INES.

Oyes? la señal de empezar el trabajo.

ALFONSO.

Y la de largarme yo cuanto antes.

INES.

Y por donde? te vá á encontrar el capataz.

BERRIO.

Volveré á salir por donde he bajado, por la escalera de los osos.

INES.

Ya no puedes escapar: Mendoza viene.

BERRIO.

Qué diantre! entretente un momento... dale de beber...

INES.

Aquí está.

BERRIO, *subiendo.*

Si mira á lo alto estoy perdido.

## ESCENA II.

DICHOS, MENDOZA.

MENDOZA, *entrando por el fondo.*

Ea, Señores, á trabajar: ya ha pasado la hora de descanso, y no puedo conceder un instante mas. Nuestro amo, D. Samuel Levi, Contador del Rey, y dueño de estas minas, me lo tiene encargado así.

INES, *bajo, á un minero.*

Maldito judo!

MINERO.

Con el sudor de vuestras frentes saca de estas minas hierro para hacer armas con que nos matemos los cristianos, y que para él se convierta en oro puro.

INES.

Silencio, el capataz nos mira.

MENDOZA.

Me parece que no están todos... falta Alfonso Ruiz... lo que es á este pobre ya puedo horrarle.

BERRIO, *subiendo muy despacio.*

Aupa! aupa!

MENDOZA, *con voz fuerte.*

Y Berrio?

BERRIO, *deteniéndose y ocultándose con el palo.*

Dios me valga!

MENDOZA.

No responde. Nadie le ha visto?

BERRIO, *bajo, á Inés.*

Dale tú alguna excusa.

MENDOZA.

No me contesta ninguno? Está, ó se ha

marchado?

BERRIO, *desde arriba.*

Si lo uno, ni lo otro, maese Mendoza.

MENDOZA.

Qué haces ahí arriba?

BERRIO.

Yo os lo diré: á punto cierto no fosé; pero se me figura que lo que hago es marcharme.

MENDOZA.

Cómo se entiende! Sin mi licencia.

BERRIO.

Nada de eso. Os pido el permiso con la mayor sumisión; pero desde aquí por si me lo negáis, marcharme sin él.

MENDOZA.

Insolente!

BERRIO.

Qué tal! Ya empezais con malos modos, pues me marchó.

MENDOZA.

Quieres bajar, tunante!

BERRIO.

Escuchadme con calma, Señor Mendoza... Se trata de un negocio muy importante para mí, y que voy á explicaros en dos palabras. Si me marchó, tengo probabilidad de ganar quinientas doblas; si me quedo, lo mas que ganaré serán dos ó tres pescozones en cuanto me ponga al alcance de vuestro brazo. Ahora pregunto yo, qué hariais en mi lugar? escapar cuanto antes, no es cierto? Pues bien, yo que creo que vuestro ejemplo es digno de ser imitado y tomo las de Villadiego; con que abur!

## ESCENA III.

DICHOS, *menos BERRIO, despues el DESCONOCIDO.*

MENDOZA.

He aquí el fruto de mi excesiva condescendencia. Pero yo haré un escarminio con Berrio, que servirá á todos de lección... Entretanto vosotros á trabajar.

INES, *á los mineros, señalando al desconocido.*

Quién esese? algun nuevo trabajador.

DESCONOCIDO, *aparte.*

Mendo no está aquí todavía, si habrá logrado penetrar hasta la prisión de Alfonso?

MENDOZA, *al desconocido.*

Ola! qué haces ahí tú mano sobre mano...

No olvides lo que te he dicho al admitirte en las minas... yo necesito hombres fuertes y trabajadores, sino despedido al momento.

DESCONOCIDO.

No lo olvidaré.

MENDOZA.

Ya lo veremos. (*echando una ojeada alrededor*) Nadie ha visto á Mendo por aquí?

UN MINERO.

Aun no ha venido.

MENDOZA.

Es extraño, ha sido siempre tan puntual? verdad es que la desgracia de María debe disculparle: pobre mozo!

INES.

Aquí está ya.

DESCONOCIDO, *aparte*.

Pronto ha vuelto.

~~~~~

ESCENA IV.

DICHOS, MENDO.

MENDO, *con tono brusco*.

Buenos días!

MENDOZA.

Ya era hora de venir á trabajar, todavía llegas á tiempo.

MENDO.

Estoy á vuestra órden.

DESCONOCIDO, *aparte*.

Si no habrá podido salvarle?

MENDOZA, *á Mendo*.

Pues en ese caso cuida en mi lugar de activar el trabajo de los demas, mientras yo despacho en el pueblo algunos encargos de mi amo.

INES.

Yo voy tambien á ver á la pobre Maria.

Mendoza é Inés se van por la escalera del fondo, durante este tiempo los mineros se han puesto á trabajar.

~~~~~

ESCENA V.

MENDO, DESCONOCIDO y TRABAJADORES.

DESCONOCIDO, *bajo á Mendo*.

Escucha Mendo... muy pronto has dado la vuelta. Sin duda la desgracia no te ha permitido desempeñar el encargo que te confié.

MENDO.

Le he cumplido al pie de la letra.

DESCONOCIDO.

Entregaste mi carta y mi anillo?

MENDO.

Sí.

DESCONOCIDO.

Al carcelero de Alfonso Ruiz?

MENDO.

En su propia mano.

DESCONOCIDO.

Está bien!

Ruiz baja por la escalera del fondo.

TODOS.

Ruiz!

RUIZ.

Sí, yo soy... por fin ya me hallo entre vosotros, me ayudareis en mi empresa.

MENDO.

Estamos prontos... qué te sucede?

Todos los mineros se agrupan en torno de Ruiz.

~~~~~

ESCENA VI.

DICHOS, RUIZ.

RUIZ.

Mi hijo! vuestro amigo, vuestro hermano, está perdido sin remedio.

MENDO.

Qué decís!

RUIZ.

Le han condenado á muerte.

DESCONOCIDO, *aparte*.

Bien lo temía.

RUIZ.

Pero aun podemos salvarle.

MENDO.

Cómo?

RUIZ.

Arrancándole á viva fuerza de entre las manos de sus verdugos.

MENDO.

Muy difícil es.

RUIZ.

Dentro de una hora le conducirán al lugar del suplicio.

MENDO.

Al torrente!

RUIZ.

Sí, sí. al torrente. Es preciso no perder

un instante, salgamos todos juntos de esta mina: en mi casa encontraremos armas, y después nos dirigiremos separados por distintos senderos ó ocupar las salidas que conducen al torrente. Los enemigos no sospechan nada... En poco de osadía y Alfonso queda libre de sus verdugos.

MENDO.

Si, tenéis razón, vamos.

UN MINERO, á los otros.

No haré yo tal locura, podía costarnos caro.

RUIZ, á Mendo.

Querido amigo! Ya sabía yo que serías el primero en ofrecerme tu apoyo.

MENDO.

Mi brazo está pronto siempre que mi amigo lo necesita: con que así pocas palabras y á la obra. Compañeros! cambiemos nuestras herramientas por armas más útiles... *arrojando su piqueta* seguidme al torrente.

Los mineros permanecen inmóviles.

DESCONOCIDO, *observándolos.*

Aun no ha sonado para ellos la hora de la erjerja.

MENDO.

Es posible! permanecéis inmóviles? no que-
reis seguirme?

UN MINERO.

Lo que nos aconsejas es una rebelion á ma-
no armada contra el justicia del Rey, y sería una temeridad.

MENDO.

Y no pensáis en el pobre Alfonso nuestro
compañero? Le dejaréis morir, pudiendo evi-
tarlo? Oh! no, imposible.

Silencio por parte de los mineros.

DESCONOCIDO.

No me engañaba al juzgarlos.

RUIZ.

Siempre el mismo silencio! La misma in-
movilidad. Necio de mi que contaba con vues-
tro valor, con vuestra gratitud para salvar á
mi hijo. Y tenía derecho ha esperarlo: os he so-
corrido en todas vuestras desgracias... os he
dado pan si os ha faltado trabajo, y no ha mu-
cho he salvado á alguno de vuestros hijos que
el torrente arrebatava. Y vosotros dejareis pe-
recer al mio! Pero no quiero rogaros mas... sería
humillarme demasiado. Para nada os necesi-
to... A Dios gracias todavía falta una hora y
aun tengo tiempo. Yo solo basto para salvarle.

MENDO.

No ireis solo porque yo es acompañaré.

Dá la mano á Ruiz.

DESCONOCIDO, *adelantándose.*

Deteneos Diego Ruiz. Lo que todos estos
hombres no se han atrevido á intentar, yo lo
he hecho sin cocorro de nadie. Alfonso está
libre.

RUIZ.

Qué estás diciendo?

DESCONOCIDO.

En este mismo momento se abre la puerta
de su prision para librarle de sus verdugos.

MENDO.

Este mozo es cada vez más incomprendible.

DESCONOCIDO.

Dudas de mi palabra Ruiz? *(señalando al
reloj de arena)* Pues bien, mira este reloj.
Antes que caiga el último grano de arena, tu
hijo estará entre nosotros. Las sombras de la
noche favorecerán su fuga y vendrá aquí por
el mismo camino que tú.

UN MINERO.

Si será brujo?..

RUIZ.

Quién eres para hablar así?

DESCONOCIDO.

Aun no es tiempo de revelártelo. Silencio,
alguien viene.

ESCENA VIII.

DICHOS, BERRIO, *que baja rápidamente por
el palo.*

TODOS, *al verle.*

Berio!

BERRIO.

El mismo que viste y calza. Sé que me es-
pongo á la cólera del capataz volviendo aquí,
pero no importa, he querido ser el primerito
en daros una buena noticia.

RUIZ.

Qué pasa?

BERRIO.

Vuestro hijo está libre.

RUIZ.

Qué oigo!

DESCONOCIDO.

Me creéis ahora.

RUIZ.

Oh! si, si, os debo la vida de mi hijo. *(a*

Berrio) Pero, dónde está, cómo ha logrado romper su prision?

BERRIO.

Segun parece, con ayuda del carcelero que le ha abierto la puerta; pero el pobre ha pagado cara su buena accion, pues no ha faltado quien diera el soplo y le han puesto preso.

DESCONOCIDO.

Al carcelero?

BERRIO.

Si, parece que le han encontrado en su poder ciertas prendas de valor que, segun dicen, van á comprometer á mas de cuatro.

DESCONOCIDO, *aparte*.

Cielos! será mi anillo! me han descubierto! estoy perdido.

RUIZ.

Pero, cómo has sabido?..

BERRIO.

Yo os lo diré. Me habia ya internado en la montaña con el objeto de ver si podia hallar el rastro de mis quinientas doblas, cuando tropecé con una partida de arqueros que me contaron lo que ya sabeis, añadiendo que perseguian de cerca á vuestro hijo, el cual no podia menos de caer en sus manos. Apenas oí esto, dije para mi capote: el Conde D. Enrique y las quinientas doblas tendrán la bondad de esperarme un poco, yo voy á contar lo que pasa á Diego Ruiz y á los compañeros y... y... nada mas, aqui me teneis.

MENDO.

Has hecho una buena accion Berrio... pero no perdamos tiempo: es preciso salvar á Alfonso del nuevo riesgo que le amenaza.

RUIZ.

Oh! sí, es preciso: pero de qué manera? (*al desconocido*) Tú que me has ofrecido volverme á mi hijo, no hallarás algun medio?

DESCONOCIDO.

Ya no puedo hacer nada por él.

RUIZ.

Ah! conozco en tu semblante que desesperas de su suerte, pero no importa... es preciso salir de aqui á toda costa y al momento. Siguenos Berrio, nos enseñarás el camino que llevaban los arqueros.

MENDO, á los mineros.

Vamos.

Se oye otro silvido y todos se detienen.

DESCONOCIDO.

Qué es esto?

BERRIO.

Apartarse! es la señal que dan arriba para que todos se retiren cuando bajan en el ceston algunos útiles para la mina: mirad, algo nos envian. (*se vé bajar el ceston y caen algunos terrones*) Qué tal eh? estas malditas bóvedas con nada se desmoronan; aqui siempre tiene uno la vida en un tris... (*llega el ceston al suelo*) Estamos seguros? (*acercándose*) Qué veo! hay dentro un hombre.

TODOS, *acercándose*.

Un hombre?

MENDO.

Alfonso!

RUIZ.

Mi hijo! desmayado! tiene sangre en el pecho. Ah! está frio!

DESCONOCIDO, *aparte*.

Cielos! está muerto!

MENDO, á Diego.

Retiraos, Señor.

RUIZ.

Le han asesinado.

TODOS.

Asesinado!

Movimiento de horror en los circunstantes.

DESCONOCIDO.

No eran infundados mis temores... Si, llora Ruiz, llora á tu hijo... sus verdugos te envian su cadáver.

RUIZ, *incorporándose con eufria*.

Oh! no son lágrimas las que necesito, y no sabré contener las mias. Venganza, amigos, venganza!

TODOS.

Si, sí, venganza!

DESCONOCIDO.

Su valor se despierta al fin.

RUIZ.

Salgamos al instante, y corramos á armarlos... Estenderemos por la montaña la noticia del nuevo crimen de D. Tello, y todos los leales se unirán á nosotros para vengarle. Llevando en nuestros hombros el cadáver ensangrentado de mi desgraciado hijo, asaltaremos el palacio del tirano. Seguidme.

MENDO y MINEROS.

Si, marchemos.

DESCONOCIDO, *deteniéndolos*

Deteneos, insensatos, qué vais á hacer? vuestra muerte es segura... Un cadáver no es una bandera capaz de reunir en torno suyo numerosas huestes. Teneis fuerza y valor, es

cuerdo, pero carecéis de un candillo acreditado que os dirija.

MUNDO.

Un candillo...

DESCONOCIDO.

Si, un candillo cuyo nombre esclarecido baste á agrupar alrededor de su pendon, todos enantos odien al Rey D. Pedro y á sus viles satélites, como D. Tello de Castro. Un jefe que pueda premiar el valor y conducirnos á la victoria.

RUIZ.

Donde encontrar ese jefe. El Conde D. Enrique esta proscrito.

DESCONOCIDO.

Y si os ofreciera su espada y la de sus amigos?

RUIZ.

En ese caso, la aceptaria, diciéndole: Conde D. Enrique, tú anhelas un trono, y nosotros una venganza: llévanos al combate y te obedeceremos; nuestros pechos serán tu escudo, nuestros cadáveres te servirán si es preciso de escalones para subir al trono. Para ti la corona de Castilla, para nosotros la cabeza de D. Tello de Castro.

ENRIQUE.

Acepto tus condiciones.

RUIZ, con extrañeza.

Tú?

ENRIQUE.

Si, yo, D. Enrique Conde de Trastamara.

TODOS.

D. Enrique!

RUIZ.

Vos, Señor!..

ENRIQUE.

Si, yo quiero tambien vengarme como tú. D. Tello de Castro ha dado la muerte á tu hijo: el Rey de Castilla es el verdugo de mi madre.

RUIZ.

Salgamos pues.

ENRIQUE.

No hay que detenerse. Nuestra seguridad lo esije. D. Tello ha descubierto ya mi asilo por el anillo que envié al carcelero de Alfonso, para que le pusiera en libertad. (señalando al cuerpo de Alfonso) A mi es á quien envia este presente funesto; leed: «D. Tello de Castro, al Conde D. Enrique.»

MUNDO.

Vamos pronto.

ENRIQUE.

Si, vamos. Mi puesto en la batalla será el mas peligroso siempre, mi deber como candillo, llevaros á la victoria, ó morir el primero.

TODOS.

Viva D. Enrique!

BERRIO.

Viva! y llévase el diablo las quinientas doblas.

RUIZ.

Un instante, Señor. Todavía no habeis vencido á D. Tello; olvidareis al conseguirlo, la palabra que me habeis dado?

ENRIQUE.

Te juro por mi fé de Caballero, y sobre el cadáver de tu hijo, de entregar á tu justa venganza á D. Tello de Castro.

RUIZ.

Basta, D. Enrique, salgamos.

Todos se disponen á salir.

ESCENA IX.

DICHOS, UNA VOZ fuera.

voz, que sale de la abertura del techo.

Ola! eh! los de abajo!

MUNDO.

Qué es esto?

RUIZ.

Silencio!

VOZ.

Separarse á un lado.

RUIZ.

Cosa estraña!

BERRIO.

Obedezcamos por lo que pueda ser. (todos se alejan y cae una piedra) Una piedra!

RUIZ, cojiéndola.

Envuelta en un pergamino.

ENRIQUE.

A ver?

RUIZ.

Es una carta de Inés.

ENRIQUE.

Leed pronto.

RUIZ, leyendo.

«El Conde D. Enrique está descubierto. Multitud de hombres de armas, guardan todas las salidas. Los ballesteros van á registrar el interior, Mendo conocerá tal vez algun parajo

»de la mina, donde pueda ocultarse y burlar
« las pesquisas. »

ENRIQUE.

Todo se ha perdido.

RUIZ.

Oh Dios !

MENDO.

No perdamos un momento. Seguidme, Señor, yo conozco efectivamente mas de un paraje donde no podrán encontraros.

RUIZ.

Pero el capataz Mendoza será sin duda el que venga guiando á los soldados, y ese conoce tan bien como tú los rincones mas ocultos.

MENDO.

Teneis razon, pero qué haremos?

RUIZ.

Defendernos hasta morir ! no nos queda otro recurso. (á los mineros) Estais dispuestos á ello ?

TODOS.

Si, si.

ENRIQUE.

Deteneos. No permitiré que vuestra sangre se derrame inútilmente en mi defensa. Este sitio no es á propósito para combatir... aqui la resistencia seria inútil, es preciso valernos de la astucia.

RUIZ.

Pero el tiempo urje...

MENDO.

Y no hallaremos un medio ?..

ENRIQUE, como herido súbitamente de una idea.

Ah ! sí, sí, ya tengo uno, nos hemos salvado.

RUIZ.

Explicaos.

ENRIQUE.

Tu desgraciado hijo á quien no he podido salvar, será mi libertador ; dónde le habeis retirado ?

MENDO.

Oh ! si ! comprendo vuestra idea, seguidme. (señalando á una escavacion de la izquierda) Ahí está.

RUIZ.

Id, Señor, que vienen. (se oye ruido y voces dentro que retumban en el subterráneo) No oís ? he conocido la voz del capataz.

MENDO.

El ruido se acerca ! venid pronto !

ENRIQUE.

Vamos, y suceda lo que quiera.

D. Enrique, Ruiz y Mendo entran precipitadamente en la escavacion de la izquierda. Al mismo tiempo aparece por la escalera un Capitan y varios ballesteros, de los cuales unos bajan con el Capitan hasta la escena, y otros quedan colocados en lo alto de la escalera.

BERRIO, viéndolos.

Aqui están ya ! La Virgen de Covadonga nos valga y nos libre de la horca, única cosa que veo clara en este asunto.

ESCENA IX.

BERRIO, MENDOZA, MINEROS, un CAPITAN y SOLDADOS.

CAPITAN, á Mendoza, señalando la escalera.
No hay otra salida que esa escalera ?

MENDOZA.

El madero que veis y que penetra por esa abertura, conduce tambien fuera de la mina; pero acabo de poner guardas arriba.

CAPITAN.

Con todo pondremos aqui un centinela; (un soldado se coloca al pie del mástil á una seña del Capitan) y ahora, decidme si el hombre que buscamos está entre estos.

Señalando á los mineros.

MENDOZA.

No, sin duda se ha escondido al sentirnos llegar: pero ya le encontraremos. Seguidme, Capitan.

CAPITAN.

Aguardad un momento: esta buena jente puede ahorrarnos si quiere el trabajo de buscarle. (á los mineros) El Conde D. Enrique, declarado rebelde y traidor al Rey, se ha refugiado entre vosotros. El que lo entregue á la justicia del Rey ganará las quinientas doblas prometidas.

BERRIO.

Las mías ! Qué lástima de dinero !

CAPITAN.

Callais. Está bien : vuestro silencio puede costaros caro. (á los soldados) No dejéis salir á nadie sin orden mia. Tened prevenidas las ballestas para rechazar al que intente la menor resistencia. (á Mendoza) Ahora guiad donde queráis.

MENDOZA.

Empezaremos por registrar este ramal...

Señalando donde está escondido D. Enrique.

CAPITAN.

Vamos pues.

MENDO, *deteniéndole y colocándose á la rustrada.*

Oid antes, Capitan! Vos venis á basear un hombre, y aqui solo hay un cadáver.

CAPITAN.

Que quiere decir?

MENDO.

Alfonso nuestro compañero ha sido ajusticiado por orden de D. Tello y conducido á este sitio.

CAPITAN.

Lo sé.

MENDO.

Una vez satisfecha la justicia, nuestro compañero nos pertenece y queremos darle sepultura. Aunque habeis mandado no dejar salir á nadie, no negareis el paso á los parientes de Alfonso que vamos á conducirle á su última morada.

CAPITAN, á Mendoza.

Conocéis á esos hombres?

MENDOZA.

Si por cierto.

CAPITAN.

Pues bien: cuidad vos mismo que nadie salga mas que ellos.

MENDOZA.

Está bien.

Ruiz, Mendo, Berrio y otros varios salen de la cueva conduciendo en sus hombros el cuerpo de Alfonso cubierto con una capa.

MENDO.

Vamos pues.

MENDOZA.

Esperad... antes es preciso que yo reconozca el cadáver.

BERRIO, á Mendo.

Diantre!

CAPITAN.

No es necesario. Ahora mismo veremos si nos engañan.

Saca la espada.

RUIZ, *poniéndose delante.*

Qué vais á hacer?

CAPITAN.

Atrás, apartad.

MENDO.

Es una profanación.

CAPITAN, *dando un tajo sobre la capa.*

De que no se quejará el ofendido.

MENDO, *aparte.*

Ni el menor movimiento!

CAPITAN.

Podeis pasar. *(riendo)* D. Enrique no se esconde debajo de esa capa.

Los cuatro mineros se dirigen á la escalera que empiezan á subir conduciendo á D. Enrique.

CAPITAN, á los soldados.

El Conde no ha podido escaparse, registrado todos los rincones.

Los soldados entran en todas las cavidades que hay á la izquierda.

MINERO SEGUNDO, *aparte.*

Un instante mas y se ha salvado.

CENTINELA, *deteniéndolos.*

Atrás!

MENDO.

Capitan!

CAPITAN, *al centinela.*

Si, si, dejadlos salir.

SOLDADO, *saliendo precipitadamente.*

Traicion, traicion! Capitan detened á esos hombres. El cadáver de Alfonso está aqui todavía.

CAPITAN.

Me engañaban! á ellos mis valientes.

MENDO, *cojiendo una piqueta y poniéndose al lado de uno de los pilares.*

Si dais un paso mas perecemos todos; á un solo golpe de mi piqueta el pilar que sostiene la bóveda cae y todos quedamos enterrados aqui.

CAPITAN.

Mientes, quieres intimidarnos.

MENDOZA.

No Capitan, es verdad por desgracia. Ríndete Mendo, ríndete.

ENRIQUE, *levantándose.*

A vosotros toca rendiros. Capitan, entregad las armas ó moriremos todos.

CAPITAN.

Soldados, seguidme; á ellos!

MENDO.

Vos lo quereis? sea; nuestra última hora ha llegado.

Da algunos golpes con la piqueta que commueven la bóveda y hacen caer algunas piedras.

LOS SOLDADOS, *aterrados y arrojando las armas.*

Perdon, perdon! viva D. Enrique!

MENDOZA.

Gritaron á tiempo!

Los mineros se apoderan de las armas de los soldados y sujetan al Capitan.

ENRIQUE.

Hé aqui nuestra primer victoria.

MENDO.

Y no será la última. Viva el Conde D. Enrique!

TODOS.

Viva!

ACTO TERCERO.

El teatro representa una plaza de Gijón. A la derecha la casa de Margarita, á la izquierda la entrada del castillo. Enmedio las ruinas de una capilla gótica.

ESCENA I.

Al levantarse el telon aparece la plaza llena de jente, unos subidos á las ruinas, otros á los guardacantones de las calles: los vecinos de las casas salen á la puerta, ó se asoman á las ventanas. Un Capitan seguido de cuatro ballesteros y un heraldo sale por la derecha y se coloca en medio de la escena. Margarita y Maria aparecen á la puerta de la casa manifestando el asombro que les causa el ver tanta jente reunida. Suena un clarin y el heraldo lee.

HERALDO, leyendo.

«Viéndose amenazada la ciudad de Gijón por las tropas rebeldes de D. Enrique, Conde de Trastamara, el may noble Señor D. Tello de Castro, rico-hombre de Castilla y merino mayor de Asturias por el Rey D. Pedro, ha resuelto venir á defender en persona esta ciudad, contando con la lealtad de sus habitantes que sabrán vender caras sus vidas en este combate, y ahogarán con su poderoso esfuerzo la vil rebellion del infame Conde. Habitantes de Gijón, preparaos á lidiar, y estad dispuestos al primer toque del clarin.»

El Capitan, los ballesteros y el heraldo, se van por la derecha siguiéndoles alguna jente: los demas entran en sus casas.

ESCENA II.

MARGARITA, MARIA.

MARIA.

Habéis oído Margarita? vá á venir el autor de todos mis males, el verdugo de Alfonso! ah! por qué no me habeis dejado marchar esta mañana? ya estaria lejos de esta ciudad, y no temeria caer otra vez en manos de ese hombre.

MARGARITA.

Quién habia de pensar que D. Tello vendria á Gijón en este momento? Pero no tengas cuidado hija mia, aqui no te conocé nadie.

MARIA.

Él me conoce, Margarita, y muchos de los que le rodean.

MARGARITA.

Evitarás su presencia mientras permanezca aqui... estarás oculta en mi casa, y solas las dos esperaremos el fin de estos sucesos rogando al Señor que nos saque con bien de tanta amargura. El partido del Conde D. Enrique, del que tu padre es uno de los primeros caudillos, vá acrecentándose de dia en dia, y haciéndose cada vez mas temible... dentro de estas murallas se alimenta tambien la parcialidad, y quién sabe si mañana no halle abiertas las puertas el de Trastamara.

MARIA.

Vana esperanza, que aunque pudiera realizarse no tiene bastante poder para arrancar de mi corazon la pena que le despedaza. Antes que llegue la noche puedo ser descubierta, porque D. Tello ha dado orden de que se me busque á precio de oro. Teniéndome en su poder y amenazándome con la muerte, trataria de intimidar á mi padre, y de obligarle á rendir las armas. D. Tello triunfaria, y Alfonso quedaria sin venganza: no, Margarita... es preciso partir y sin perder un momento.

MARGARITA.

Y á dónde irás sola y sin amparo?

MARIA.

Inés no me abandonará, como no lo ha hecho hasta aqui, acompañándome desde la aldea, cuando mi padre me mandó que viniera á buscaros. Inés no vacilará en seguirme, y nos volveremos otra vez á la aldea, donde ya nada hay que temer de ese mónstruo que me persigue.

MARGARITA.

Pobre Maria! qué no daria yo por salvarte?.. pero alguien viene... entremos pronto.

MARIA, viendo á Inés que viene por la derecha.

Es Inés.


~~~~~

ESCENA III.

DICHOS, INES.

INES.

No puedo más... he corrido como una loca por toda la ciudad, para darte una noticia no muy buena... Mas de saber María...

MARIA.

Ya lo sabemos... D. Tello va á llegar, no es cierto? Es preciso huir de su presencia... presentarle de Gijón... querrás acompañarme?

INES.

Adonde quieras... pero, cómo haremos para salir de la ciudad?

MARGARITA.

Pues qué ha sucedido?

INES.

Ese maldito hombre ha mandado cerrar todas las puertas... y ha prohibido la salida á todo el que no presente un permiso suyo.

MARIA.

Dios mío! con qué ha llegado?

INES.

Ya le tenemos en Gijón... todo el concejo ha salido á recibirle, presentándole las llaves del castillo en una fuente de plata... allá los dejó echando una arenga. No tardará mucho en pasar por aquí para meterse en el castillo, donde fija su morada.

MARIA.

Cielos! estoy perdida!

INES.

Cómo es eso! pues que no estoy yo aquí para encontrar un remedio? No hay que desesperarse: todavía no hemos caído en las garras de ese maldito, y antes que así suceda, trabajo le ha de costar... vamos á ver... el otro día nos deciais, Señora Margarita, que si Diego Ruiz y los de D. Enrique pusieran cerco á esta ciudad, les facilitaríais una entrada segura, sin que nada sospecharan los perros que están aquí dentro... me parece que esa entrada secreta podría muy bien servirnos de salida.

MARGARITA.

El camino subterráneo que atraviesa una parte de la ciudad, y dá salida al campo, se abrió hace mucho tiempo cuando estaba en poder de los moros... cuando era yo niña me enseñaron la lora que indica la salida de este subterráneo, y aun recuerdo perfectamente el

sitio en que está colocada: pero nunca he sabido en qué punto de la ciudad se halla la entrada interior de este camino secreto.

INES.

Pues medradas quedamos!

MARIA.

Aquí esperaré entouces á que Dios ó mi padre me salven.

INES, bajo, á Margarita.

Ya no puedo contar sino con uno de los dos.

MARGARITA.

Qué dices, Inés?

INES.

Se asegura que esta mañana se han encontrado las tropas de D. Enrique con las de Don Pedro, y segun se dice, no ha sido nuestra causa la que ha salido mejor librada.

MARGARITA.

Calla, Inés! no la digas nada de eso, y roguemos al Señor que la conserve su padre.

MARIA.

Dios mío!

INES.

D. Tello viene.

MARGARITA.

Entremos sin tardanza.

MARIA.

Solo muerta me verá en su poder.

INES.

Si yo fuera hombre, ó pudiera manejar una ballesta, no vivía dos horas ese malvado.

~~~~~

Entran las tres en casa de Margarita, y al mismo tiempo sale una multitud de pueblo delante de Don Tello, que viene rodado de pajes y escuderos, siguiéndole los del concejo de la ciudad.

~~~~~

ESCENA IV.

D. TELLO, CONCEJALES, ESCUDEROS, PAJES, BALLESTEROS y PUEBLO.

TELLO.

Muy satisfecho estoy de vuestras ofertas, nobles habitantes de Gijón, y veo con gusto que no me había equivocado en la idea que formé de vosotros... todos sois vasallos fieles del Rey D. Pedro mi Señor, como lo esperaba... no temáis nada de esos rebeldes que osan levantar un grito sedicioso... esta mañana han quedado vencidos por nuestras tropas, y si logran rehacerse y acercarse á esta ciudad, tendremos el placer de ver estrellarse su impotente furia



en las murallas de Gijón. (*á un escudero*) Traedme los prisioneros que se han hecho en la jornada.

ESCUDERO.

Todos esos malvados han preferido la muerte á la prisión. Solo uno nos ha entregado voluntariamente las armas.

TELLO.

Traedle á mi presencia. (*se vá un balletero. A un Capitan*) A caballo, Capitan, y con treinta jinetes tomad el camino de Oviedo hasta encontrar un refuerzo de víveres que debe aprocsimarse, y que escoltareis hasta aquí. (*vase el Capitan. A los que le rodean*) Me tiene con cuidado su tardanza: dicen que por ese lado han aparecido tambien algunas partidas de rebeldes... pero no hay cuidado: Dios protege nuestra causa, y nos traerá bien pronto lo que deseamos... dentro de breves momentos debe venir un espreso del Capitan de la frontera; en cuanto llegue, conducidle á mi presencia.

ESCENA V.

DICHOS, *el ESCUDERO y BERRIO.*

ESCUDERO, *presentando á Berrio.*

Señor, aquí está el prisionero.

TELLO, *á Berrio.*

Acérate: supongo que no ignorarás la suerte que te destina el cielo.

BERRIO.

Pues es una suposición muy aventurada, porque lo ignoro de todo punto.

TELLO.

Te se vá á tratar segun las leyes de la guerra.

BERRIO.

No estoy muy enterado de ellas, á decir verdad, porque como novieio en la carrera... sin embargo, sospecho que no vá á sucederme nada bueno, aunque juro ante Dios y todos los Santos del Paraíso que estoy inocente; tan inocente como la ballesta que me pusieron en la mano, y que he entregado intacta á vuestros soldados á la primera insinuación... aquí están y pueden decirlo.

TELLO.

Aunque por tus palabras dejas ver tu cobardía, no por eso es menos cierto que has combatido contra la lejitima bandera.

BERRIO.

Pues ha sido sin saberlo... qué me impor-

ta á mí, pobre mastuerzo, que reine D. Pedro ó D. Enrique? cualquiera de los dos que mande, no me ha de sacar de Berrio el minero.

TELLO.

O Berrio el ahorcado.

BERRIO.

Cómo? qué bromas! Señor, nada de apodos porque luego se queda uno con ellos, y...

TELLO.

Y ese será el tuyo, porque no mereces el honor de morir degollado.

BERRIO.

Ni aspiro tampoco á ese honor... lo único que deseo es la vida que Dios me ha dado y que como buen cristiano debo conservar el mayor tiempo posible.

INES, *apareciendo á la puerta de la casa y hablando á Maria que está dentro.*

No salgas por Dios... es Berrio el prisionero... le van á ahorcar segun parece.

TELLO.

Acérate mas: me parece, si no me engaño, que te he visto en alguna parte.

BERRIO, *aparte.*

Ay! Que no te hubieras quedado ciego.

TELLO.

Tú estabas en una aldea cerca de Covadonga el día en que un villano se lanzó sobre mí para herirme... no eres pariente de Diego Ruiz?

BERRIO, *aparte.*

Adios! (*alto*) eh! pariente... pariente... Es un parentesco muy lejano.

TELLO.

Conoces á la hija?

BERRIO.

A su hija! á la hija de...

TELLO.

Responde pronto... necesito que la conozcas.

BERRIO.

Ah! sí, Señor, la conozco muchísimo... desde chiquitos...

TELLO.

Calla y escucha.

BERRIO.

Esecho y callo.

TELLO.

Sé que Maria está oculta en Gijón y que tú no ignoras su paradero. Dónde está? (*Berrio se pone los dedos en la boca como un candado y se encoje de hombros.*) Responde. (*Berrio repite el jesto anterior. Tello empuñando la daga*) Villano!

BERRIO, *retrocediendo muy apurado.*

Si, me habeis dicho que queréis que escuche y calle.

TELLO.

Quiero que tiembles en mi presencia.

BERRIO.

Si no es mas que eso... *(tiembla)* nurr... nurr... justamente el miedo... pues... y luego que yo... soy obediente.

TELLO.

Ea pues, donde está Maria.

BERRIO.

Maria? Maria está en... en Gijón.

TELLO, *irritado.*

Como?

BERRIO, *asustado.*

Vos lo habeis dicho, Señor, y yo soy incapaz de desmentiros.

TELLO.

Tú sabes la casa donde se oculta.

BERRIO, *con gran aseveracion y miedo.*

No la sé.

TELLO, *con impetu.*

La sabes.

BERRIO, *muy asustado y aflijido y en el mismo tono de D. Tello.*

La sé.

TELLO.

Cuál es?

BERRIO.

Eso es lo que yo ignoro.

TELLO.

Pues bien, escucha: la vida y la libertad te doy para que vayas donde quieras si me entregas á Maria; pero si pasada una hora no la has puesto en mi poder, te ahorco inmediatamente: ahora puedes elegir.

BERRIO.

Ay Dios mio! pero, Señor, dejadme reflexionar algun tiempo, son cosas estas muy delicadas para que un cristiano se resuelva... así... de sopetón.

TELLO.

Bien, reflexiona.

Se retira á un lado con los suyos.

INES.

Si consentirá este picaro?

BERRIO.

Reflexiona infeliz Berrio! sino entrego á Maria me ahorcan sin remedio! ya me figuro yo donde estará; pero he de entregar yo esa pobre muchacha á las garras de un ende-

moniado sin Dios y sin ley? esa no es accion propia de un buen cristiano; pero la hora, Dios mio! en fin, haciendo que la busco, tal vez podré esconderme donde no den conmigo, y si al fin me hallan, como ha de ser, un asturiano menos, y punto concluido.

TELLO.

Qué has decidido?

BERRIO.

Acepto vuestras condiciones.

INES, *aparte.*

Malvado!

Vase.

BERRIO.

Solo quisiera pedir os un poco de tiempo, porque como no conozco bien la ciudad...

TELLO.

Ya he dicho que te doy una hora de término.

BERRIO.

Nada mas?

TELLO.

Dentro de una hora he de tener á Maria ó te cuelgo.

BERRIO.

Muy bien, Señor.

ESCUDERO, *entrando.*

Un espreso del Capitan de la frontera.

TELLO.

Dadme el pergamino... *(lo lee rapidamente)* Qué ventura, *(á los que le rodean)* Señores! mañana estarán en nuestro poder D. Enrique y todos sus parciales. El Capitan de la frontera nos envía un poderoso refuerzo, encargándose por su parte de cortar la retirada al enemigo. Esta noche les atacaremos y es segura la victoria. Seguidme, Señores... es preciso daros algunas instrucciones para el ataque de esta noche. *(á Berrio)* Tú, dentro de una hora ya sabes...

Entra en el castillo con los pajes y escuderos, desapareciendo el pueblo por el lado contrario.

ESCENA VI.

BERRIO, *solo.*

Una hora! una hora de vida! y lo hará como lo dice ese javali... la Virgen de Covadonga me ampare... dónde me esconderé? me guardaré muy bien de ir á casa de Inés, porque allí debé estar Maria, y si me siguen la

descubririan; pero á todo esto, dónde me hallo? porque con el aturdimiento maldito si sé... digo, delante del castillo... y ahora que me acuerdo... mi tia Margarita vive en una de estas casas, sí, frente á la torre de Pelayo, que es como llaman á esta parte del castillo: allí debe ser: una vez dentro yo hallaré donde esconderme; soy capaz de hacer una escavacion y enterrarme vivo antes que esponderme á la horca. Voy á entrar, pero antes no será malo observar estas callejuelas, no sea que alguno me siga la pista y me pille en la ratonera.

Se dirige á observar con precaucion las calles que desembocan en la plaza.

ESCENA VII.

DICHOS, MARGARITA, MARIA, INES.

MARGARITA, *deteniendo á Maria.*

Maria, por Dios, tú quieres perderte: despues de lo que te he contado.

MARIA.

Por eso mismo salgo; sí, está tomada mi resolucion.

INES.

Por la Virgen santísima no hagáis tal.

MARGARITA.

Hija mia, que te pierdes.

MARIA.

Dejadme: no comprendéis los deberes de una hija: D. Tello, vos misma lo habeis oido, recibe nuevos refuerzos; suya vá á ser la victoria, y si mi padre cae en su poder perece sin remedio; yo puedo salvarle, si Dios me asiste, y no debo vacilar. Dónde está Berrio? Quiero hablarle.

BERRIO, *saliendo de una calle y dirijiéndose á casa de Margarita.*

Nadie me observa, entremos.

MARIA.

Aquí está.

BERRIO.

Virgen de Covadonga! Maria! huyamos.

MARIA, *deteniéndole.*

Detente, Berrio, y escuchame.

BERRIO, *pugnando por desairse de ella.*

Yo no tengo nada que escuchar, ni soy Berrio, dejadme.

MARIA.

Espera, Maria te lo ruega.

BERRIO.

Vos nõ sois Maria.

MARIA.

Estás loco? Maria soy.

BERRIO.

Os digo que no sois Maria.

MARIA.

Pero no me vés.

BERRIO, *cerrando los ojos con fuerza.*

No Señor, no os veo... cuidado que yo no os veo, que no os he visto.

MARIA.

Berrio, tú quieres perderme.

BERRIO.

Por vida! yo perderos cuando por no hallaros me van á ahorcar de aqui á tres cuartos de hora á mas tardar. Eh! quitad allá, dejadme buscar una buronera; ocultaos vos donde podais, y desde allí rogad á Dios por el pobre Berrio que vá á morir como un héroe, como un nieto de Pelayo si no halla un escondite donde pueda renunciar á tanta gloria.

MARIA.

Al contrario, amigo mio; no quiero que te escondas, no quiero que me dejes, lo que quiero es que me entregues á D. Tello.

MARGARITA, INES.

Maria!

BERRIO, *sorprendido.*

Cómo?

MARIA.

Sé que entregándome, salvas tu vida y tu libertad, y eso es lo que yo necesito.

BERRIO.

Y crees que por salvar mi vida seré capaz de entregaros á ese verdugo... ya os dicho que prefiero la horca y que un nieto de... pero, canario, soltadme que el ser nieto de D. Pelayo no se opone á que yo tome las de Villadiego.

MARIA.

Si te mueves llamo á gritos á la jente de Don Tello; se trata de salvar la vida de mi padre, y tú puedes hacerlo.

BERRIO.

Ya tomaria yo el poder salvar la mia; qué es lo que quereis? prontó.

MARIA.

Si me entregas á D. Tello, tú quedas libre y puedes salir de Gijon: á la orilla del mar está la entrada de un camino subterráneo que conduce á lo interior de la ciudad: si mi padre y los demas parciales de D. Enrique sa-



ben por ti esta entrada, Gijón es suya y todos nos hemos salvado.

BERRIO.

De veras?

MARIA.

De hijo: iras, pues, al campo de D. Enrique, y le dirás... oye bien las señas, dáselas tú misma, Margarita.

MARGARITA.

A la orilla del mar, y frente á la parte del barrio viejo, hallarán una losa grande que tiene esculpidos encima una media luna, un alfanje y algunos caracteres árabes; creo que debe tener un resorte para moverse, que no conozco; pero de todos modos que la arranquen á viva fuerza y siguiendo el subterráneo se hallaran dentro de la ciudad, aunque ignoro el punto por donde vendrán á salir en ella.

MARIA.

No lo olvides, frente al barrio viejo...

BERRIO.

Va, ya estoy, una losa grande con una media luna, un alfanje y caracteres árabes... Oh! para que se me olvide me han de cortar esta.

Señalando por el cuello la cabeza.

MARIA.

Bien, bien, ahora no perdamos tiempo, vamos á ver á D. Tello.

INES.

Aquí viene.

BERRIO.

Va? con qué lijereza corren hoy las horas... Y qué miedo me causa ese hombre... en fin es preciso hablarle para salir de aquí.

### ESCENA VIII.

DICHOS, D. TELLO, ESCUDEROS, y CAPITANES.

TELLO.

Mucho tardan en llegar los víveres con que ha de abastecerse la ciudad, y si D. Enrique llegase á ponerla cerco antes de que entrasen ó lograsen sorprender sus parciales á los soldados que los conducen... Capitan salid con vuestros jinetes á escaramuzar y proteger el camino á todo trance. No pareis hasta percibir la descubierta del bastimento, distinguireis los soldados de mi tercio á bastan-

te distancia por el brillo de sus capacetes. *se va el Capitan. A Berrio* Ah! aquí estás tú? el término que te he concedido para encontrar á María vá á espirar.

BERRIO.

Bien lo sé.

TELLO.

Y qué has hecho? Piensa que te va en ello la vida si no cumples tu promesa.

MARIA, adelantándose.

Su vida no corre ningún peligro, le habéis prometido su libertad en cambio de la mía, y ya estoy en vuestro poder.

TELLO.

María!

MARIA.

Fácil me hubiera sido evitar vuestras pesquisas; pero este infeliz hubiera muerto por mi causa, y he querido salvarle. D. Tello, podeis disponer de mi vida. Es una prision ó un cadalso lo que me destináis?

TELLO.

Me admira tu valor!... pero no temas nada, creo que tu cautiverio no será largo. Es necesario que tu padre sepa que estás en mi poder, y que abandone el partido de D. Enrique, del cual es el mas firme apoyo, por su influencia con los habitantes de estas inmediaciones: á este precio obtendrá tu vida y tu libertad, y tambien su perdon. *(presentándola un pergamino)* Escríbeselo así en mi nombre.

MARIA.

Yo! Jamás!

TELLO.

Rehusas?

MARIA.

Os he hecho dueño de mi vida, pero no he renunciado á mi venganza. Sabeis, D. Tello, lo que yo escribiría en ese pergamino? Pues pondría en él: « Padre mio, no olvidéis nunca que D. Tello de Castro es el que ha deshonrado á vuestra hija, y el verdugo de mi hermano. » Creéis que despues de leer estas palabras depondría las armas?

TELLO.

Infeliz! no provoqués mi venganza.

MARIA.

La del cielo está cercana tambien, y no soy yo quien debe temblar delante de ella.

TELLO, á los soldados.

Conducidla á la torre del castillo.

INES, abrazandola.

María!

MARGARITA

Hija mía!

MARIA.

No lloreis por mí. El cielo me protegerá: he querido salvar la vida de mi padre, Dios velará por la mía.

Entra en el castillo rodeada de soldados.

## ESCENA IX.

DICHOS, *menos* MARIA y algunos SOLDADOS.

BERRIO.

Señor, ya veis como he desempeñado mi encargo, Maria está en vuestro poder y yo he recobrado mi vida y mi libertad: bien quisiera continuar prestando mis débiles servicios á un caballero tan amable y tan cariñoso como vos; pero aquí por lo visto se trata de dar cuchilladas y mandobles, y yo tengo el corazón muy tierno para presenciar estas funciones; por lo que usando de la libertad que me habeis concedido para irme donde quiera, os suplico que encarguéis á uno de vuestros soldados que me acompañe hasta cualquiera de las puertas de la ciudad, por donde saldré agradecido á tantos favores y deseando que Dios proteja la causa de los buenos... con lo cual y no teniendo otra cosa que mandarme, me retiro con vuestra licencia; agur, Señores.

TELLO.

Espera.

BERRIO.

Se olvida algo, Señor?

TELLO.

Tengo que decirte que no sales de la ciudad.

BERRIO.

Es posible, Señor, y vuestra palabra, me prometisteis la vida y la libertad.

TELLO.

De ambos dones puedes disfrutar en este recinto.

BERRIO.

Pero si yo prefiero...

TELLO.

Silencio!

BERRIO, *aparte*.

El diablo me lleve sino sospechaba yo esta mala partida de semejante bribon.

TELLO, *á un capitán que entra*.

Qué hay?

CAPITAN.

Las provisiones que esperábamos acaban de entrar en la ciudad, burlando la vijilancia del enemigo.

TELLO.

Nada hay que temer! Señores, vamos á reconocer los puestos.

Se van por la derecha.

## ESCENA X.

INES, MARGARITA, BERRIO.

BERRIO.

Habrase visto infamia como ella?.. despues de haberme prometido la libertad...

MARGARITA.

Pobre Maria! Su noble sacrificio será inútil para todos.

BERRIO, *con entusiasmo*.

No, voto á Barrabás. Yo llevaré el aviso á su padre; mal que le pese á ese perro de D. Tello saltaré por las murallas.

INES.

Te vas á estrellar.

BERRIO, *asi llorando*.

Mujer no me digas eso... oye, me descolgaré hasta la caba con una cuerda, y en trepando al otro lado... pies para que os quiero!.. no paro de correr hasta el campamento de D. Enrique; sí, esto es lo mejor... asi no corro peligro, qué gusto!.. voy...

MARGARITA.

Pero hombre no conoces que los ballesteros dispararán contra tí?

BERRIO.

Los ballesteros?.. Qué diantre, no haces mas que asustarme... pues bien, aunque disparen no me acertarán... y sobre todo si me aciertan, mejor... ya no tengo miedo... quiero ser valiente, canario, sí Señor... quiera serlo!.. (*asustado*) Eh? qué ruido es ese?

INES, *mirando*.

Soldados!.. sin duda son los que han traído los viveres que acaban de llegar.

## ESCENA XI.

*El CAPITAN con soldados por un lado y por el otro diez ó doce MINEROS en traje de soldados con los viveres.*

CAPITAN.

Quién vive?



UN MINERO.

Castilla.

CAPITAN.

Quién va?

MINERO.

Soldados de D. Tello que llegan con el bagaje.

CAPITAN.

Arqueros, preparen! *(Se acercan el Capitan y Mendo Santo y seña. (Mendo habla al oído al Capitan. Alto señalando a los arqueros)*

Esta bien.

MENDO, *idem.*

Adonde llevamos los viveres.

CAPITAN.

Al castillo.

MARGARITA.

Esa voz!

INES.

Dios mío!

CAPITAN.

Ahí esta la puerta: no habeis divisado en ninguna parte á los parciales de D. Enrique?

MENDO.

A nadie hemos visto.

INES.

No hay duda.

La tropa toma atravesando el teatro, y por mas allá cruzan los carros.

MARGARITA.

El es!

BERRIO.

Yo estoy como quien ve visiones... Es Mendo... pero no es posible!..

MENDO, *á los carruajeros.*

Vamos, despachad.

BERRIO, *acercándose.*

Pues si es posible! veamos; *(á Mendo tocándole en el hombro)* oídme.

MENDO, *dándole con la espada.*

Atrás, villano.

BERRIO, *tentándose un brazo.*

Pues no es... este es muy bruto.

INES, *acercándose á Mendo.*

Mendo.

MENDO.

Callad.

INES, *á Margarita y Berrío.*

Es Mendo. Qué será esto?

MARGARITA.

Nos ayudará á salvar á María.

BERRIO.

Es verdad, aunque para eso no tenía necesidad de sacudirme á mí.

MENDO *bajo: entretanto van pasando los bagajes.*

Silencio Margarita, por Dios! cuidado con la menor indiscrecion. Esta mañana atacamos á los soldados de D. Tello que conducian el bagaje de las provisiones, los hemos muerto, y disfrazados con su misma ropa, nos hemos introducido hasta aqui! pero ya lo veis, somos muy pocos, y si nos descubren, todo se ha perdido. Pero dónde está María?

MARGARITA.

Dios mío!

MENDO.

Callais? qué significa esa turbacion? dónde está María?

INES.

Infeliz!

MENDO.

Qué ha sucedido?

INES.

Está presa.

MENDO.

Presa!

INES.

En el castillo.

MENDO.

En poder de D. Tello; yo la salvaré o moriré: á favor de este disfraz penetraremos en el castillo! pero si entro no podré dar la señal convenida con D. Enrique. Ah! tú, buen Berrío, puedes darnos la victoria.

BERRIO.

Si hay que pelear, no confieis en mí, por la Virgen santísima.

MENDO.

Nada de eso, es muy sencillo lo que tienes que hacer; no se trata mas que de pegar fuego á una casa, la llama será para Don Enrique la señal de que nosotros estamos dentro de la ciudad, para sembrar la confusion y el espanto entre los soldados de D. Tello.

BERRIO.

Ya; pero pegar fuego á una casa.

MENDO.

Luego que nosotros hayamos entrado en el castillo, tú la incendiarás... á ver, ha de ser en este lado para que pueda verse desde el campo de D. Enrique; esta es la mas alta, y las llamas se verán desde lejos.

BERRIO.

Poco á poco, que esa es la de mi tía.

MARGARITA.

Y qué te importa?

BERRIO.

Es que la heredo yo.

INES.

Cargue el diablo con tu herencia! menguado! no ves que es preciso hacerlo así por amor al país.

BERRIO.

Buen amor al país es el pegar fuego á las casas! sino fuera la mía vaya con Dios; aunque siempre sería de alguno del país.

MARGARITA.

Perded cuidado, Mendo: si Berrio no se atreve, nosotros la encenderemos.

MENDO.

Pues adios! en vosotras conlío; corro al lado de María.

MARGARITA.

Adios, adios Mendo, y la Virgen os ayude.

Se abrazan llorando.

INES.

Pobrecitos!

MENDO.

Callad.

Parte con los demás mineros.

MARGARITA, *bajando.*

Válgame el sudario, qué será de nosotros?

BERRIO.

Eso es lo que yo digo, sin casa ni hogar.

MARGARITA.

No lo digo por eso.

BERRIO.

Pero tendreis valor para prenderla fuego?

MARGARITA.

Con mis propias manos.

BERRIO, *después de contemplarla asombrado.*

Pues Señor, está visto, mi tía es una heroína... y un nieto de D. Pelayo debe imitarla.

MARGARITA.

Ya han entrado en el castillo.

BERRIO.

Teneis tea allí dentro?

MARGARITA.

Si, junto al hogar.

BERRIO.

Pues voy á dar la muestra mas ardiente de amor al país que... pero oídme tía, si mal no me acuerdo la casa está dividida en dos, por el corral, no es así?

MARGARITA.

Cierto.

BERRIO.

Pues en ese caso voy á prender fuego al trozo de allá, que es el mas próximo á la muralla, y si los vencedores llegan á tiempo de

derribar las tapias del corral, podremos salvar esta otra parte.

MARGARITA.

Bien, anda.

BERRIO.

La caridad bien ordenada...

MARGARITA.

Anda hombre, ó voy yo misma.

BERRIO.

No; poco á poco. (*aparte*) Mi tía sería capaz de prenderla por todos cuatro costados, por amor al país.

~~~~~

ESCENA XII.

MARGARITA, INES.

INES.

Nosotras vámonos de aquí.

MARGARITA.

No, yo no me salgo hasta que esté cierta de que Berrio dá la señal.

INES.

Si, porque aun es capaz de arrepentirse: á bien que pronto hemos de ver las llamas, si la enciende, porque la tal casa tiene traza de arder como un pajar. Mirad, mirad, Berrio es hombre de palabra; ya se ve el resplandor. Ay! huyamos de aquí.

MARGARITA.

Si, huyamos, y quiera Dios que este sacrificio sirva para salvar á María.

~~~~~

## ESCENA XIII.

Murmultos hacia el lado de la casa de Margarita, que van en aumento, y sale Berrio.

BERRIO.

Fuego! fuego! que está ardiendo una casa; si acudieran ahora... fuego! fuego!

Salen varios hombres.

UNOS.

Por aquí, por aquí.

OTROS.

Es fuego.

Resplandor.

OTROS.

Fuego?

BERRIO.

Si, amigos míos, es fuego, mirad, mirad

como arde. Socorro! (*aparte*) Ya se habrá visto la señal, si pudiera; apágármela ahora... (*alto*) Fuego, acudid, socorro! (*varios hombres entran en la casa por el lado de la calle*) Entrad, entrad, no tengáis miedo que aquí estoy yo.

ESCENA XIV.

EL CAPITAN, varios BALLESTEROS y BERRIO, luego MARGARITA é INES.

CAPITAN, á Berrio.

Como se ha prendido fuego á esta casa?

BERRIO, *aparte*.

Esta es otra. (*alto*) Que como se ha prendido?... Qué se yo, una chispa, un candillito, un... cualquier cosa, ello es que se ha prendido y que si me hiciérais el favor de apagarla...

CAPITAN.

Es vuestra?

BERRIO.

Era, si Señor.

CAPITAN.

Y cómo estais aquí, mientras que arde?

BERRIO.

Pues que queréis, que esté también ardiendo? además, me estais deteniendo aquí...

CAPITAN.

Este hombre se me hace sospechoso...

Un clarín dentro y voces.

VOCES, *dentro*.

El enemigo, el enemigo!

CAPITAN.

El enemigo! el fuego de esta casa era sin duda una señal para dar el asalto.

SOLDADOS.

Muera el espía!

CAPITAN.

Prended á ese hombre.

Los soldados rodean á Berrio.

BERRIO.

Prenderme á mí, y por qué?

CAPITAN.

Porque vuestra casa es la que está ardiendo.

BERRIO.

Pues está buena la consecuencia: yo mejor quisiera que ardiera la vuestra.

CAPITAN.

Silencio! Vas á morir.

BERRIO.

A morir! Ay Dios mío, despues de haber perdido la casa; mirad que si yo la he pegado fuego es porque mi tía, que es su dueño, me lo ha mandado.

CAPITAN.

No importa, a las mujeres no se les ahorca; tú pagarás por ella.

BERRIO.

Ahorcado!

CAPITAN.

Ó asateado para despachar mas pronto; vivo, amarradle á ese poste.

Le atan á un poste de las ruinas de la capilla.

BERRIO.

Virjen de Gonalonga, haz un milagro por caridad; haz que no me muera antes de que me maten.

Los soldados que han atado á Berrio al poste, se disponen á dispararle, cuando de la boca de las ruinas de la capilla, se ve salir disparadas multitud de flechas, y en seguida sale Diego Ruiz y los misneros, con arcs, flechas y espadas que acometen á los soldados, haciendolos dispersarse y desatar á Berrio.

RUIZ.

Muera D. Tello.

MINEROS.

Muera!

CAPITAN.

Al enemigo!

RUIZ.

A ellos, valientes asturianos!

MINEROS.

A ellos!

CAPITAN.

Al castillo!

MENDO.

Viva D. Enrique!

MINEROS.

Viva!

RUIZ.

Se han encerrado en el castillo, preparemonos al combate. (*los mineros forman en frente del castillo y preparan sus flechas*) Ven aquí, Berrio. Dónde está Maria?

BERRIO, *que no ha vuelto del susto, contesta asombrado*.

No sé.

RUIZ.

Está D. Tello en el castillo?

BERRIO.

No sé.

RUIZ.

Por qué iban á quitarte la vida?

BERRIO.

No sé.

RUIZ.

Qué tienes? estás herido?

BERRIO.

No sé.

RUIZ.

Imbécil, nada sabes; no tengas miedo. Hemos penetrado por el subterráneo del barrio viejo de la ciudad. D. Enrique debe estar al pie de la muralla con las máquinas de sitio para tomar el castillo por asalto: necesito que guíes á mi jente, para que le abraís la puerta inmediata: corre, yo quedo aquí con unos pocos.

BERRIO.

Ya! con que yo he de guiar?... entonces no estoy muerto...

RUIZ.

Despacha.

BERRIO.

Poco á poco, y si encontramos en la calle los soldados de D. Tello?

RUIZ.

Estos valientes se abrirán paso por entre ellos, marchad.

BERRIO.

Ya... se abrirán paso?... y yo...

RUIZ.

Vive Dios que si no partes inmediatamente... *(se oye un clarín dentro del castillo, y los arqueros coronan las almenas)* Qué es esto?

BERRIO, mirando al castillo.

Los soldados de D. Tello *(á los mineros tomando la delantera)* Seguidme, valientes compañeros... antes que empiecen á tirar esos malditos... por aquí, por aquí.

Ruiz y los que quedan con él se retiran.

CAPITAN, en la muralla.

Todo el mundo en sus puestos. Esta terrible fortaleza no puede caer en poder de los revoltosos. Viva el Rey de Castilla!

ARQUEROS.

Viva!

El Capitan coloca el pendon ó estandarte de Don Pedro en el torreón del castillo.

CAPITAN.

Poco importa que se apoderen de la ciudad: el pueblo los rechazará por todas partes.

VOCES dentro.

Viva D. Enrique!

OTRAS.

Viva!

CAPITAN.

Traidores! castigaremos su vileza: soldados, viva D. Pedro.

ARQUEROS.

Viva!

Se oye una confusa gritería que vá aproximándose por donde se fueron los mineros, y clarines y tambales de tropa que marcha.

CAPITAN.

Ya están ahí los parciales de D. Enrique... *(cesa el griterío y los instrumentos, y se oye un clarín)* Hacen señal de tregua; contestad. *(otro toque de clarín en el castillo. A los de D. Enrique)* Avanzad: *(pausa)* mis arqueros no dispararán contra nadie, podeis acercaros. *(otro toque de clarín de los de D. Enrique)* Arqueros, retiraos. *(los arqueros se retiran. D. Enrique, Ruiz y dos Capitanes se presentan)* Qué queréis?

ENRIQUE.

Antes de dar á mi jente la señal del asalto, quiero hablar al merino mayor por compasión á sus soldados.

CAPITAN.

Van á avisarle.

Figura dar la orden, y él vuelve á las almenas.

RUIZ.

Qué intentais?

ENRIQUE.

Evitar si es posible la efusion de sangre; proponer á D. Tello la rendicion del castillo: vuestra hija está en su poder, y Mendo tal vez jime á estas horas en alguna oscura prision en premio de su arrojo.

RUIZ.

D. Enrique, nada tengo que replicar, puesto que teneis presentes los caros objetos de mi cariño; pero no olvideis que al unir mis montañeses á vuestra causa, fue con la condicion de vengar la deshonra de mi hija.

ENRIQUE.

Está bien.

TELLO, en las almenas.

Qué me queréis, D. Enrique?

ENRIQUE.

Que abracéis mi estandarte, el estandarte de Castilla que aeabo de enarbolar en las montañas de Asturias, contra la tiranía de D. Pedro.

TELLO.

D. Enrique, si vuestro intento es aliar



la posesion de este castillo, podeis lograrlo con las condiciones que vais á oír: *(un heraldo leyendo)* « D. Tello de Castro, merino mayor de Asturias, á nombre de D. Pedro, Rey de Castilla, ofrece al Infante D. Enrique la entrada en el castillo de Gijón, siempre que el referido D. Tello y todos los suyos salgan libres y armados al punto donde quisieren. »

ENRIQUE, á Ruiz y los Capitanes.

Que decís?

RUIZ, *encolerizado.*

Que no, vive Dios! y es mengua que tal pregunta nos haga quien pretende rejir el retro de Castilla. Habeis olvidado el pacto que juramos sobre el cadáver de mi hijo? D. Tello afrentó torpemente mis honradas canas, y de la justicia del tirano apele á la vuestra, única que pude hallar en mi desgracia. Vos me prometisteis su castigo, y yo os prometí ayudar vuestros intentos con mi jente: en hora buena sea para vos la corona de Castilla, mas para mí necesito la cabeza de D. Tello.

ENRIQUE, á D. Tello.

Va lo oís.

TELLO.

Mi cabeza aun no está en tu poder, anciano, y tu hija está en el mío: esta es mi respuesta.

RUIZ.

Mi hija no quiere la vida sin su honor; si tú eres capaz de devolvérsele, salvarás tu cabeza.

TELLO.

Qué dices, miserable! tal vez quisieras verla esposa de un rico-hombre?

RUIZ, á D. Enrique.

Acabemos de una vez, Señor, mi jente espera la señal para el asalto.

ENRIQUE.

D. Tello, vos lo habeis querido, adios.

TELLO.

Id con Dios, D. Enrique, y tened entendi-

do, que no lograreis penetrar en estas murallas. *(cáuse D. Enrique, Ruiz y los dos Capitanes)* Arqueros, á las almenas.

Toque de clarín dentro del castillo. Otro en el lado de D. Enrique. Las almenas se coronan de arqueros que preparan sus arcos y flechas. A poco, á los gritos de Alá D. Enrique, se van presentando los mineros en el lado opuesto, disparando sus flechas á los arqueros y estos á los otros; despues aparecen soldados de D. Enrique arrastrando dos catapultas, que colocan delante del castillo, y con las que empiezan á arrojar piedras; algunos de los arqueros que hay en un extremo de la muralla caen como heridos, y los mineros pasando por debajo de la curva que describen las piedras, arrojan dos esedas á la muralla y suben al asalto cubiertos con escudos; son rechazados por los arqueros, que los acuchillan derribando las esedas; en seguida entran otros soldados conduciendo un castillo móvil coronado de arqueros que disparan desde él á los de la muralla. D. Tello acude al frente del castillo móvil escoltando á los suyos; pero estos que son asateados por los de arriba y los de abajo, retroceden un momento, en el cual los del castillo cedian el puente. D. Tello acude con los suyos á defender el paso, y pelean los de Don Enrique desde el mismo puente, cayendo uno al suelo que es recogido por los de abajo; mas á este tiempo Mendo y sus parciales aparecen en la muralla acuchillando á D. Tello y los suyos, penetrando por el puente del castillo móvil multitud de soldados que coronan las almenas del castillo, arrancando la bandera que en él había. D. Tello cae muerto en una abertura de las almenas que está frente al público; Mendo está á su lado proclamando la victoria, Maria de pie sobre las almenas en actitud de dar gracias al cielo. D. Enrique victoreando á los suyos, Ruiz contemplando á su hija, y Berrio asomando por lo mas alto del castillo móvil con una bandera en la mano.

BERRIO.

Victoria! Victoria!

Este asalto empezará amaneciendo, y concluirá con la salida del sol alumbrado por luz de Veigala. Desde que empieza hasta las palabras de Berrio, estarán tocando clarines y atabales, y unos y otros victoreando ya á D. Pedro ya á D. Enrique. Oyéndose las voces de: á ellos! al asalto! aquí! allí! muera!

FIN DE ENRIQUE DE TRASTAMARA, ó LOS MINEROS.

